

DYLAN MARTINS

LA ISLA DE LOS SUEÑOS



DM

DYLAN MARTINS

LA ISLA DE
LOS SUEÑOS

La isla de los sueños

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Octubre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Solsticio de verano...

Momento mágico donde los haya y para mí un día más, uno como otro cualquiera. Todo esto contando que mi vida era todo menos normal.

Hacía como un mes que estaba en Island of dreams. Ese año me había ido un poco antes hacia las Maldivas, deseando de pasar un tiempo tranquilo antes de que comenzara la locura de verano que siempre vivía en ese lugar paradisiaco.

Había trabajado duro el invierno, había dejado mi empresa en las mejores manos y ahora era momento de tener unos meses para mí, de disfrutar el verano y... De estar pendiente al móvil.

¿Sí? —pregunté cuando descolgué la llamada.

Señor Rice...

Joder, Lucy, miedo me da cada vez que me llamas así —dije cuando mi secretaria se dirigió a mí con tanta educación... Y retintín—. ¿Qué ocurre?

Espere un segundo, por favor...

¿Que espere yo? Pero si me estás llamando tú.

A ti no era, cabeza de alcornoque —dijo un momento después, ya volviendo a ser ella—. Es que no se iba —resopló.

¿Quién no se iba?

A ver, es alta, morena, de pelo largo y rizado, con unos ojos pintados que parece tener complejo de diosa nórdica guerrera porque si no, no entiendo por qué no puede delinearle menos la línea con el lápiz de ojos —no la estaba viendo, pero sabía de más que había puesto los ojos en blanco y yo iba a hacer lo mismo porque con esa descripción no es que me diera ningún detalle que me hiciera reconocerla; morena o rubia, todas eran iguales...—. Un cuerpo de modelo esquelética, buenas tetas y... —seguía sin nada nuevo.

¿De qué hablas? —dije haciéndome el tonto, claro. De lo que hablaba estaba más que claro, otra más que iba a buscarme.

Pues no sé, tú sabrás, viene a buscarte porque dice que no le contestas al

móvil —bienvenida al club, pensé.

No contesto a ninguna...

Ya, eso fui a decirle pero, por tu bien, me callé.

¿Y me llamas para eso? Despáchala y ya. Pensé que era algo de trabajo.

Ah, no, de trabajo nada. Todo va sobre ruedas, si James y yo estamos al mando —dijo orgullosa y en eso tenía que darle la razón, podía irme completamente tranquilo en que esos dos cuidarían de mi empresa como si fuera suya propia, incluso a veces parecía que la querían más que yo. Habían trabajado con mi padre y cuando este se jubiló, dejando el negocio en mis manos, lo hacían para mí. Eran las personas más leales que había conocido en la vida.

¿Y si no es sobre trabajo...? —empecé a preguntar, ella sabía qué hacer en ese tipo de situaciones.

Alguna vez se pasaba, la verdad y yo le reñía, pero al final siempre tenía que acabar riéndome porque esa mujer tenía una imaginación y una forma de ser perfecta para ser mi secretaria y librarme del mal de las “mujeres que solo servían para una noche”.

Recuerdo una vez en la que entró en mi despacho, cerró la puerta y empezó a abrirse la camisa. La miré con las cejas enarcadas, porque de ella no me sorprendía nada y ni pregunté. Se la desabrochó entera y después volvió a colocarse mal. Y yo seguía en silencio. De repente se va del despacho y como la intriga me podía, la seguí. Había una de esas “mujeres que solo servían de una noche”, la de la noche anterior para ser más exactos, allí. Al verla salir así, pensó que entre mi “anciana” secretaria y yo... Me miró horrorizada y se fue corriendo mientras Lucy se reía a carcajadas y yo no tuve más remedio que hacer lo mismo.

En realidad ya me la quité de encima, pero tenía que molestarte un poco. Porque a ver, ¿te tiraste a media ciudad antes de irte, Kevin? No es normal la cantidad de locas que han pasado por aquí.

Es que no entiendo por qué pasan por ahí... —me apreté el puente de la nariz, no sabía cómo siempre sabían dónde trabajaba.

No seas idiota, eres el soltero de oro, todo el mundo sabe dónde trabajas —resopló y touché, tenía razón en eso, pero me molestaba el tema. — ¿Cómo va todo? —preguntó, sonando a mamá preocupada.

Bien, estuve descansando. Mucho deporte y playa, lo necesitaba.

Normal, tienes que coger fuerzas para fo...

¡Lucy! —me tuve que reír, bruta era un rato— ¿Eso es todo?

Sí, estaba un poco aburrida y como la loca esa morena me desquició un poco y casi tengo que echarla de aquí con agua caliente —me callé, porque no me extrañaría que cualquier día llegara a ese nivel—, pues solo quería molestarte. Ah, y tu madre estuvo aquí, a esa no la eché, pero dice que dejes de ignorarla y le cojas las llamadas.

Ujum... —lo que menos necesitaba era aguantar a mi madre— Ahora la llamaré —dije, sabiendo que tenía que hacerlo.

Pues ahora sí que me alegraste el día —rio antes de colgarme.

Sería hija de... Sabía que mi madre me sacaría de mis casillas, por algo no le cogía el teléfono.

Hice dos intentos de llamada y colgué para respirar, adoraba a mi madre, todo el mundo sabía eso, pero me volvía loco cada día. Mi padre no tenía aún edad de jubilarse, pero no necesitaba trabajar, así que lo dejó todo en mis manos diciendo que quería más tiempo para disfrutar de la vida. No lo hacía, jubilado o no, la mayoría de los días venía a la empresa a controlar cómo iba todo. No era algo que me molestase, yo me llevaba muy bien con él y siempre me gustaba consultarle cuando tenía dudas, aunque al yo tener el mando, era quien tomaba las decisiones finales. Él no intercedía en mi trabajo y suponía que pasaba tanto tiempo allí porque a mi madre era normal que no la aguantara más de dos horas seguidas.

Mi padre era un hombre calmado, como yo. Podría decirse que incluso frío, le costaba mucho dar una muestra de cariño en público y en privado. Mi madre... Era todo lo contrario, la miel y la efusividad en persona y no se callaba ni un momento. Eran el día y la noche, aunque eso siempre les había funcionado, cosa que yo aún no entendía.

Y esa relación me hizo a mí tener claro que nunca en la vida tendría nada con una mujer así. Yo la necesitaba callada, prudente, tranquila... Por eso estaba solo.

Al final decidí terminar cuanto antes y llamé a mi madre.

Por dios, ¡hasta que das señales de vida!

Mamá, deja el drama...

¿Drama? Hace una semana que no sé nada de ti, estaba preocupada. ¿Crees que puedes desaparecer así?

Bueno... Contando con que tengo treinta y cinco años, creo que sí...

Kevin... —dijo en tono de advertencia.

Mamá, déjalo ya. Me vine a descansar y sabes cómo soy. ¿Está todo bien? ¿Para qué querías que llamara?

Solo para saber que estabas bien, hijo, sabes que me preocupo mucho por ti.

Sí, lo de dramática lo conozco —dije y ella refunfuñó—. ¿Todo bien en casa?

Sí, tu padre fue a la empresa hace un momento, que se aburría, ya sabes.

Ya... —reí.

Me tienes muy preocupada, Kevin, ¿cuándo vas a sentar cabeza?

¿Otra vez con los mismo?

Si no fueras un soltero empedernido, no te lo diría. Alguna tiene que haber, Kevin. ¿O eres gay? —la pregunta no me pilló de sorpresa, la pobre con el drama tenía que llegar ahí.

Sabes de más que no, mamá.

Ya, lo sé, pero es que es normal que me lo pregunte. Tal vez lo tuyo son... Ya sabes, los hombres.

No...

Y aún no te diste cuenta. Y por eso lo de las mujeres no cuaja.

Mamá... Déjalo ya. Tampoco hay nada de malo en que esté soltero, ya llegará alguien —o no, pensé—. Yo soy feliz así.

Hijo... Nadie es feliz solo.

Vale, como lo digas. ¿Suficiente ya para que pueda volver a ignorarte una semana más y volvamos a esta charla?

Está bien... Pero una semana no, si me llamas a diario no me preocuparía tanto.

Mamá, lo has hecho siempre —reí, porque sabía que lo hacía con cariño, era lo que tenía, además, ser hijo único, pero yo ya estaba mayorcito para una madre tan controladora.

Lo siento, Kevin, solo te quiero y quiero verte feliz.

Lo sé —le dije con cariño—. Y lo soy, créeme. No te preocupes por mí.

Lo intentaré... —de nada servía que lo dijera, eso no iba a pasar. Otra de las razones por las que no tendría pareja, mi madre sería una suegra queriendo ser la mejor amiga de su nuera, como si lo viera ya... — Te quiero.

Yo también, mamá. Dale un abrazo a papá.

Le corté la llamada porque si no seguiría con el eterno tema hasta que me desquiciara y yo no iba a decirle nada más. Era un hombre adulto y no iba a

darle explicaciones a mi madre a esas alturas de mi vida. Más que nada porque todo lo sacaba de contexto.

Había tenido relaciones, pocas pero las tuve. Mi madre había conocido a un par de ellas, pero como siempre, las cosas no funcionaron y a la mínima señal, era mejor terminar.

Y es lo que hice con cada una de ellas.

Por eso ahora estaba mejor con mi vida, solo, a mi ritmo y sin nadie de quien preocuparme. Solo de mí mismo. Y quería seguir así.

Me acerqué al gran ventanal de cristal de mi sala de estar y miré hacia el mar. Me encantaba esa isla. Me había comprado esa casa unos años atrás y, desde entonces, siempre pasaba mis vacaciones de verano allí. No había mejor lugar en el mundo que una isla en las Maldivas.

Mi casa era una más de unas cien que había en todo el lugar. Caserones inmensos, para qué mentir. Casas grandes y zonas verdes privadas aún mayor, dando la intimidad que tanto me gustaba. Era un lugar exclusivo y los habitantes de esa isla privada, gente también de una sociedad muy cerrada: altos ejecutivos, políticos, gente de mucho dinero. Y yo era uno de ellos.

Salí al jardín trasero y caminé un rato hasta poder apoyarme en la valla desde donde se podía ver la playa a pocos metros. Me encantaba ese lugar. Era paz y era vida.

Tenía una de las casas con más extensión de jardín de toda la isla, me encantaba estar al aire libre, ya fuera para divertirme en algunas de las fiestas que daba como para descansar, hacer deporte o simplemente pasear y pensar cuando necesitaba mi espacio. Me giré y miré a mi casa, casi toda la fachada era de cristal, pero no se podía ver el interior. Dos plantas de decoración moderna y minimalista, en blanco y negro por dentro y por fuera, preparada para ni siquiera desear salir de ella.

Solo estaba allí los meses de verano, en septiembre volvía a la ciudad a hacerme cargo de mi empresa. Pero podía estar tranquilo que la casa la dejaba en buenas manos. María y Pedro, un matrimonio mexicano que trabajaba ya con los anteriores dueños, se encargaban del mantenimiento de la casa. Ella ejercía como ama de llaves y él como jardinero y manitas, tenía un don especial para arreglar cualquier inconveniente del tipo que fuera. Así que los mantuve encargándose de la casa y no me arrepentía de ello, eran gente de mi entera confianza.

También salía, no siempre estaba en casa. No me perdía ninguna de las

fiestas o eventos que ofrecían mis vecinos y, después de tantos años, podría llamarlos amigos.

Solteros. La mayoría. El descontrol...

Solía ir cada día al centro de la isla, teníamos de todo: bares, supermercados, era como una ciudad en miniatura en cuanto a habitantes, que no a tamaño. Desayunaba fuera y me tomaba más de una copa con algún amigo antes de volver a la soledad de mi hogar, esa que ese año había necesitado antes de tiempo.

Y me había servido para recargar las pilas y prepararme para lo que llegaba cuando esas casas comenzaran a llenarse de gente: diversión y sexo sin límites.

Nunca me cansaba de eso y aún no había llegado una mujer que me hiciera replantearme cómo vivía y viendo las parejas que tenía como amigos o conocidos... Sabía que eso no servía para mí.

Era el típico hombre de negocios, amante de la vida y el eterno soltero.

Volví dentro de la casa y me fui a dar un baño para salir a tomar algo. El periodo de descanso ya había terminado y ya era hora de que comenzara la verdadera diversión.

Capítulo 2

Salí a desayunar a una playa donde estaba el único resort de la isla, “Paradise Resort Club”, muy exclusivo, tenía uno de los mejores restaurantes de playa, abierto las veinticuatro horas del día, se servían desayunos, almuerzos, meriendas y cenas, además de copas y tentempié a cualquier hora.

Tenía zona de tumbonas, camas balinesas, rinconeras con mesas para comer, barras individuales, mesas con sillas, todo en la arena y ordenado a la perfección, de forma estéticamente impecable.

Me senté en una de esas rinconeras, con el mar a pocos metros de mí. ¡Vida! Eso era vida...

Buenos días, señor. ¿Qué le puedo traer?

Buenas tardes, Zas —dije mirando la placa que sostenía su camisa y anunciaba su nombre—. Me gustaría desayunar un café solo, un zumo de frutas, algo de pan con mantequilla y un botella de agua, por favor.

Ahora mismo —dijo inclinándose para ir a por ello.

Eso era vida, una y otra vez se me venía la misma frase a la cabeza.

Unos minutos después ya tenía mi mesa con todo ese succulento desayuno preparado.

De lejos vi llegar a los tres matrimonios que había conocido los días anteriores y que habían adquirido una casa con distribución múltiple para sus veraneos. Ellas eran tremendas, ellos no distaban mucho, grandes personas de New York, al menos ellos, sus mujeres eran de España, Puerto Rico y Cuba.

Buenos días —dijo John sonriente—. ¿Quieres compañía?

Aunque no la quiera nos va a tener que aguantar —dijo Alba, la española, sentándose y riéndose.

Buenos días, chicos —sonreí sabiendo el rato tan animado que me esperaba—. ¿Y Romeo y Salma? —pregunté por los hijos de Enzo y Brian.

Lo hemos regalado —respondió bromeando Liliana, la cubana.

No creo que seáis capaces —reí.

No, no lo son, son muy chulas de nacimiento, pero no pueden vivir sin sus enanos —dijo Alba.

¿Y tú cuándo te vas a animar a tener uno?

¿¿¿Yo??? Hasta calor me ha entrado —dijo Alba, mirando a su marido John que sonreía al verla abanicarse con la mano.

Los niños están con la cuidadora, los tiene en el jardín jugando en una zona de juego que le hicimos, están mejor allí, se divierten más, además, tienen la minipiscina y se lo pasan en grande.

Esta noche hay fiesta en Toco Beach, hay que ir de blanco —dijo Brian—. Te unirás, ¿verdad?

Nunca me la pierdo —sonreí.

Hoy sales con novia, de eso nos encargamos nosotras —dijo Lili chulescamente.

Ah no, no te preocupes, temo a las mujeres —apreté los dientes.

Nosotras también las temíamos —dijo poniendo los ojos en blanco Enzo para luego terminar con sus amigos a carcajadas.

A vosotros los que os faltó eran unos buenos polvos como nosotras, unos cuerpos sabrosos y una alegría para vuestras vidas —intervino Lili, con su arte cubano, ese que derrochaba por los cuatro costados.

El camarero les tomó nota y nos puso una mesa más para que estuviéramos más cómodos, además de otra rinconera que pegó a la que estaba.

Esta noche estarán en Toco la familia Basilio, llegaron a la isla ayer, son los nuevos propietarios de la casa que hay junto al muelle, dicen que es uno de los hombres más poderosos de Sicilia, que tienen dos hijas mellizas de treinta años a quienes llaman las Paris Hilton... —dijo Emma poniendo cara de circunstancia.

Así serán de repelentes —contestó Alba.

Si ellas son las Paris, nosotras somos los bombones latinos —dijo Lili haciendo un gesto sensual.

Él es viudo, su mujer fue asesinada en extrañas circunstancias, el Señor Basilio fue el primer sospechoso, pero nunca se le pudo encontrar ninguna vinculación con los hechos —dije conociendo bien de quién se trataba, mis fuentes ya me habían pasado la información.

Qué horror, espero no encontrarme a solas con ese tipo —dijo Emma.

Qué exagerada eres, cariño —dijo negando con la cabeza su marido.

Eran un grupo de lo más divertido, cada una de las chicas me habían contado su historia de amor con ellos, cómo se conocieron, cómo las sedujeron, unas historias a cada cuál de lo más asombrosa, divertidas y alocadas.

Miraba hacia una hamaca donde había una chica rubia con un bañador blanco, preciosa, un sombrero de color tierra y que estaba leyendo un libro, metida de lleno en esas letras, era espectacular.

Es Rihanna —dijo Alba —, la hija del dueño del resort, la vi en una foto en una de las revistas de animación de la isla, se ha venido a vivir definitivamente aquí para todo el año.

Nunca la había visto —dije extrañado.

Pues ahora la verás a menudo —sonrió Lili llevando la contestación a otro término.

Era preciosa, me la imaginaba en mi vida, en mi cama, durante la temporada de verano.

¿Irás a la fiesta de esta noche? —preguntó Alba.

No sé, pero creo que a Kevin no le importaría —bromeó John.

No, no me importaría —dije mirándola con cara de bobo.

Hermano, te vemos atado —dijo Brian mirando a sus amigos.

Atada, mejor dicho, a la pata de mi cama —bromeé.

Sí, eso quería yo con esa —señaló John a Alba.

Sí, pues caíste en mis redes como un tonto —bromeó ella.

Eran tremendos, divertidos y congeniaban genial, un buen rollo se respiraba alrededor de ellos.

Un rato después se despidió y quedé en verlos por la noche en la fiesta.

Me fui a dar un baño, cercano a esa belleza rubial que estaba leyendo, Rihanna, sensual nombre.

Pasé cerca de ella, pero ni levantó la vista, luego me salí y me eché sobre unas de las tumbonas más cercana a ellas, dejando un par separándonos, sería muy descarado tirarme a su lado.

Llamé al camarero, me pedí un vermut, incorporé el respaldar y me quedé, copa en mano, mirando al mar y pensando una estrategia para poder entablar conversación con ese bombón siciliano.

La miré de nuevo, esta vez me sorprendió haciéndolo y le sonreí, me devolvió esa sonrisa que hizo tambalear toda la estabilidad de mi hamaca y caí rendido a ella.

¿De vacaciones? —pregunté haciendo como si no supiera nada de ella.

Una vacaciones eternas —sonrió de nuevo.

Eso suena muy bien, nada mejor que estar aquí para la eternidad... — señalé a ese mar idílico que teníamos frente a nosotros.

Es el paraíso —volvió a regalarme una sonrisa que hace que por poco me derrita en ese momento.

¿Vas a la fiesta de esta noche de Toco Beach?

Espera —dijo levantándose y dirigiendo a la hamaca de al lado de la mía para mi asombro —, así mejor que andar a gritos —sonrió—. Me llamo Rihanna —alargó su mano.

Yo soy Kevin —dije dándole la mano.

Iré a la fiesta, es la inauguración de la isla, no me la perdería por nada del mundo, iré con mi padre, es el dueño del resort.

Vaya, ahora entiendo lo de quedarte aquí eternamente de vacaciones —mentí como un condenado.

Iré a pasar temporadas a Ámsterdam, soy de allí, pero me he afincado ahora aquí permanentemente, me apetecía desconectar del mundo y estar en este lugar que deberían de nombrar la octava maravilla del mundo.

Tienes razón, yo vengo en verano, tengo mi casa aquí en propiedad, pero vivo en Londres, donde tengo mi empresa y vida el resto del año.

Adoro Londres, he ido muchísimas veces.

¿Y no me has buscado? —bromeé.

No sabía que te encontraría allí —continuó mi broma.

También es verdad, además, este sitio es más idóneo —señalé a mi copa.

El camarero se acercó y le pidió dos copas de vermut, la mía se estaba acabando.

Gracias por preocuparte que no se me acabe la copa —sonreí.

Es para acompañarte con ella, pero viendo que se te acaba, es mejor que traigan otra.

Eso es una gran elección.

¿Verdad? —preguntó sugerentemente.

Totalmente verdadero —hice un gesto seductor, había que ponerse a su altura y se notaba muy coqueta conmigo.

¿Entonces vas a la fiesta de blanco esta noche?

Aja...

¿Solo?

Sí, allí quedé con otros amigos que conocí aquí, en la isla, y esta mañana coincidimos desayunando aquí.

Sí, os vi —dijo ante mi asombro, cuando pensé que ni se dio cuenta de

que había en la playa más personas que ella.

Iba bien, sabía disimular, jugar, seducir y provocar, que era lo que estaba haciendo con sus gestos, así que algo me decía que esa noche iba a empezar mi particular juerga vacacional que duraría todo el verano, metiendo entre mis sábanas a todo cuerpo resplandeciente que pisara la isla, como por ejemplo el de Rihanna.

Estuve charlando con ella sobre la isla hasta la hora del almuerzo, nos despedimos quedando en vernos por la fiesta.

Me gustaba esa rubia tan sensual, con cara angelical pero sonrisa devoradora, me estaba poniendo ardiendo solo de imaginarme con ella desnudos, cuerpo a cuerpo...

Capítulo 3

Y llegó el momento en el que hablando metafóricamente, puse un pie en la fiesta. El lugar, adornado ese año con más luces y abarcando más playa que los anteriores, estaba lleno de gente. Caminé un poco mirando a mi alrededor, haciendo un examen exhaustivo y rápido de la gente. Muchas caras conocidas y también muchas nuevas.

Y mucha mujer guapa...

Con la mano en uno de los bolsillos de mis pantalones, me acerqué a la barra y me pedí un vermut. Con el vaso en mano, me giré y me apoyé en la barra, siguiendo con mi barrido visual.

El ambiente estaba animado, la música latina haciendo mover algunas de esas caderas que a mí me gustaría mover de otra forma. Las risas y la alegría en los rostros de los invitados.

Me esperaba una gran noche, como todas las anteriores que había vivido hasta la fecha.

Si miras a tu izquierda, disimuladamente, podrás ver a las famosas Paris.

Había sonreído cuando Enzo se había colocado a mi lado en la barra, pidiendo un whisky para él.

Sí, ya las había visto —le di un sorbo a mi vaso. Esa tarde había estado tomándome el café mirando información sobre la famosa familia italiana y lo que había encontrado era poco más de lo que ya me habían dicho, pero al menos les puse cara a las famosas hijas del siciliano.

No están nada mal... —dijo Brian, apareciendo a mi otro lado.

La verdad es que no... —reconocí. Más altas de lo que imaginé al ver sus fotos. Las dos morenas, de pelo inmensamente largo, con unos rasgos latinos—mediterráneos bastante acentuados, lo que también acentuaba sus narices, demasiado definidas para una mujer. Pero con un cuerpo de escándalo, eso sin dudas. Operadas, pero de infarto.

Pues no —John se unió al grupo, muy serio—. Si no tienes problema en taparles la cara con la almohada o con algún saco mientras te las follas, te puedes hacer hasta un trío.

Lo dijo tan serio que Enzo, Brian y yo nos quedamos mirándolo. Él no pestañeaba ni movía un músculo de su cara y por lo poco que conocía de él,

me había dado la impresión de que eso era más propio de Enzo que del divertido John.

Enzo y Brian soltaron una carcajada que hizo que mucha gente nos mirara y yo tuve que reírme también cuando vi, por fin, el humor en el rostro de Brian.

Te ha salido bordado —seguía riendo Brian.

Lo imité bien, ¿eh? —dijo John chulescamente— Os dije que podría ser como él —señaló a Enzo y yo ya pillé que todo era un juego entre ellos. Y la verdad era que el tío lo había bordado.

Pero ya en serio, en realidad tiene razón —dijo Enzo—. Muy guapas no es que sean.

A ver —intervino Brian—, no sé qué os esperabais cuando las llaman las Paris Hilton —rio.

También es verdad... —suspiró Enzo.

¿Y vosotros? ¿Os han dejado venir solos a la fiesta? —pregunté.

La verdad es que hemos venido por no dejarlas venir solas que no nos fiamos de esas locas en absoluto —suspiró John.

¿Y dónde...? —fui a preguntar.

Seguramente estén buscando una fuente en la que terminar la noche —siguió John, provocando las risas de los demás y yo los miré sin entender nada.

¿Una qué?

Ya las conocerás —dijo Enzo golpeando mi espalda.

Para tu desgracia —terminó diciendo Brian, dándome el mismo golpecito.

Sin contar que conocerá a la que será su loca particular —dijo John y levantó su vaso, proponiendo un brindis por eso.

Ah, no...

Fue a evitar eso, pero ya los tres habían dicho “Salud” y habían brindado por mi desgracia. Menos mal que yo sabía de más que eso no ocurriría, a mí me gustaba demasiado mi soltería, ninguna mujer merecía que perdiera eso porque ninguna había estado, estaba ni estuvo nunca a la altura.

Después de reír un rato con ellos, se marcharon para buscar a sus parejas. Me hacían gracia. Más que nada porque eran como dos equipos. Ellas siempre juntas, liándola en cualquier lado y ellos los tres juntos como si fueran los guardaespaldas. Realmente divertido, reí mientras lo pensaba.

Me terminé la bebida de un trago, dejé el vaso en la barra y caminé,

acercándome a esas dos italianas que estaban rodeadas de algunos moscones.

¿Adónde vas? —Emma me agarró del brazo y yo puse los ojos en blanco. Las que me faltaban...

Buenas noches, chicas —sonreí—. Vuestros maridos os andan buscando.

Como siempre, mijo —suspiró Lili—, no entiendo qué poca confianza nos tienen —dijo con los ojos iluminados por la picardía.

Yo tampoco me imagino por qué, pensé con ironía.

Pues que os divirtáis —comencé a decir para deshacerme de ellas.

Se llaman Carina y Carlota —dijo Emma, refiriéndose a las gemelas ítalas.

Aja... —dije en tono de “pues muy bien, ya lo sabía”.

A ver, Kevin. Que ya sabemos que te las quieres llevar a la cama, pero no me seas como los demás —suspiró Liliana.

¿Qué demás? —pregunté.

Que no aparezcas ahí solo en plan “macho de la manada” —dijo Emma.

¿Y entonces, según vosotras, qué debo hacer? —intenté no reírme, pero gracioso era el momento.

Pues para eso estamos nosotras aquí —sonrió Lili.

¿Para qué exactamente? —pregunté.

Para hacer que sean ellas las que se acerquen a ti —Alba habló por primera vez y yo las miré a todas riéndome, no pude evitarlo.

A ver, chicas, soy muy mayorcito para saber cómo llevarme a una mujer a la cama. Os agradezco mucho la ayuda y la preocupación, pero de verdad que sé ligar solo.

Ah, pero eso no lo dudamos —dijo Lili muy seria.

Me alegra eso... —dije temiendo lo próximo que iban a soltarme— Así que si me disculpáis...

Fui a marcharme, pero Alba me cogió del brazo.

El problema es... —dijo mientras me agarraba.

No hay ningún problema —dije pacientemente.

El problema es que... —siguió ella, a lo suyo— Es a aquella a quien quieres en tu cama.

Miré hacia donde me señalaba y ahí estaba la diosa. Rihanna. Dios mío, a esa sí que la quería meter en mi cama... Estaba despampanante con un vestido rojo ceñido y que me estaba poniendo ya erecto.

Joder...

Me caéis muy bien, pero no necesito niñeras —les dije serio.

Eso no nos importa, las tendrás de todas formas —dijo Emma encogiéndose de hombros y yo resoplé. Ahora estaba entendiendo a ese trío de hombres desesperados por las tres locas esas.

Muy bien —me di por vencido—. ¿Cuál es el plan entonces?

Diez minutos estuvieron comentándome sobre cómo tenía que actuar y tonto de mí que hasta las entendí y vi bien lo que decían. Y ahí estaba yo, en la barra, solo, esperando que las gemelas Paris vinieran por sí mismas a mí.

Porque a ver cómo lo explico. Según esas tres, yo tenía que parecer desinteresado y hacer que fueran ellas quienes se interesaran por mí, cosa en la que ellas ayudarían hablando de mí con ellas de formas casual. Entonces las italianas me buscarían acechadas por la curiosidad (miedo me daba pensar qué le contarían para eso y que ellas se interesaran por alguien a quien ni siquiera habían visto, que podía ser bajo, rechoncho y calvo, ¿no?). Una vez que me buscaran y las tuviera en el bote, entonces me podría dedicar, también de forma sutil, a Rihanna. Con las otras dos aún cerca para que ella sintiera algo de celos, porque según Lili, nada más intrigante para una mujer que un hombre rodeado de ellas. Yo a eso aún no le había cogido el sentido, pero no pensaba darle vueltas a una frase que salía de boca de uno de los seres del sexo más complicado del mundo. En definitiva, que sería la propia Rihanna quien se acercaría a mí al verme acompañado y entonces yo ya tendría todo más fácil.

Yo no entendía una mierda, esa era la verdad.

Yo había ido allí a pasar una noche divertida y a acabar con alguien en mi cama cuando esas locas me liaron.

Joder, era adulto y un experto en mujeres, no necesitaba ni consejos ni la ayuda de nadie, pero ahí estaba, no sabía cómo ni por qué, haciendo caso a tres casi desconocidas.

Loco, así estaba. Pero la verdad era que me divertía con ello.

Señor Rice...

Un placer poder conocerlo.

Sonreí cuando oí esas dos voces con acento italiano tras de mí. Evité negar con la cabeza. Las tres locas lo habían conseguido, ya podía ver el triunfo en su cara y ellas la confusión y diversión en la mía. Bebí de mi vaso un poco y me di la vuelta lentamente.

Señoritas... —les hice un gesto con la cabeza.

Ahí estaban las dos, y parecía que deseosas de conocerme.

Habíamos oído hablar de usted, pero nunca tuvimos el placer de conocerlo.

Yo soy Carina y ella es Carlota —dijo la otra y la verdad era que no sabía cómo iba a distinguirlas, algo tendría que encontrar porque no les notaba nada diferente. Es que ni el vestido.

Encantado.

Cogí sus manos y las besé, poniéndome en el papel de seductor.

El placer es nuestro...

¿Una copa? —les pregunté.

Obviamente la respuesta fue sí. Dos minutos después y las tenía en el bote. Veía a las otras tres a lo lejos, pendientes a todo, pero no me atrevía ni a mirarlas.

La conversación con las hermanas fue algo trivial. De dónde eran, poco más sobre sus intereses en la vida que eran vivir de papi e ir de fiestas y compras y, sobre todo, sobre papi. Papi por aquí, papi por allá. En momentos así, me recordaba a mí mismo que solo eran un polvo más, que lo tontas que fueran no me importaba en ese momento, porque hasta a mí me estaba dando pereza ya hablar de tanta riqueza.

Las entendía en parte, tenían todo en la vida y no los había costado tiempo ni esfuerzo, simplemente por nacer con un padre así, estaban acostumbradas, pero siempre necesitaba algo más en una mujer para alimentar mi deseo que un cuerpo bonito.

Eso sí, que no tuvieran más de una neurona entre las dos tampoco iba a parar mis planes de marcarme un dos por uno esa noche. Algo que muchos de los de allí soñaban, aunque ellos querían algo más, un compromiso con ese tipo de mujer manejable.

No era mi caso, pero iba a disfrutar de buen sexo, de eso no me cabía duda.

Así que si tenía que hacerme o parecer tonto, pues lo hacía. Todo por mi polla, siendo bruto.

Tres minutos más y ya las tenía donde quería, hablando de sexo. Si es que ese tipo de mujeres me resultaba muy simple y fáciles de conquistar. Porque yo era un soltero bastante codiciado, no iba a mentir.

Mi físico también ayudaba y yo lo sabía. Casi dos metros, bien musculado, aunque no exagerado, pero me encantaba cuidarme, me sentía bien haciéndolo.

Gracias a dios había heredado el pelo de la familia de mi madre, abundante y grueso, y no la calvicie de mi progenitor. Lo llevaba siempre despeinado, era muy perezoso para engominarme o peinarme y eso me daba un toque juvenil. Y cuidaba, sobre todo, mi ropa. Siempre bien vestido, con elegancia, aunque llevara un simple chándal.

Mi madre me decía siempre que conmigo no había necesitado tener una hija, que era peor que una mujer con su aspecto, pero para mí era la base de todo. Lo primero que entra por los ojos, sea en la vida real o en los negocios, es la presencia. Y más en un hombre con mi profesión. Tenía que cuidarla y aunque no era un metrosexual ni un obsesionado con mi físico o imagen, sí le daba algo más de importancia que la que podían darle cualquiera de mis amigos o conocidos.

Volviendo al tema, ahí estaba yo, con las dos italianas babeando por meterse en mi cama, poniéndome fácil sin siquiera haber movido yo un dedo y una rubia, no muy lejos de allí, rodeada de hombres.

Esa noche seguramente no sería mía y sabía que ella estaba pendiente a mis movimientos, disimuladamente, como yo lo estaba a los de ella.

Esa noche la dejaría libre, no sin antes ir a saludarla y jugar un poco, pero sería mía y no tardaría mucho en lograrlo.

Viviendo el presente... Me centré en las dos sin neuronas que tenía cerca y en el trío que estaba decidido a hacer.

Capítulo 4

Diez minutos después me dejaron solo, tenían que ir al baño, seguramente a retocarse el maquillaje y colocarse bien las tetas mientras hablaban sobre que me tenían en el bote.

Las conocía como si las hubiera parido, eran todas iguales.

Aproveché para tomarme otro vermut tranquilo porque me tenían la cabeza como un bombo con tanto Versace, entre otros.

Kevin...

Vaya, vaya..., pensé. Me giré inmediatamente y miré al monumento que tenía cerca.

Rihanna... Buenas noches —le dije con una gran sonrisa—. ¿Cómo estás? Porque preciosa ya lo sabes.

¿De dónde te sacaste eso? —se sentó a mi lado y pidió una copa para ella.

¿Me saqué el qué? —pregunté, perdido.

Ese tópico. ¿Venía en un libro tipo: “Cómo ligar con mujeres insípidas” o algo así?

Me reí, no se callaba ni una. Y eso me gustaba bastante.

No, la verdad es que leo otro tipo de literatura. Eso fue un consejo de mi padre.

Que estará divorciado, supongo —sonrió, su copa ya en la mano.

No, felizmente casado —reí.

Vaya, pues ya tengo curiosidad por conocerlo, sobre todo por conocer a esa mujer con la que funcionó esa horrible forma de ligar —me guiñó el ojo y yo reí de nuevo.

Tal vez funcione contigo también y solo te haces la difícil.

¿La difícil? —rió— No, pero no voy a ser tan fácil como esas dos italianas, qué aburrido, ¿no?

Me reí a carcajadas. Me encantaba su humor. Sabía que no las estaba insultando, no conocía a Rihanna, pero podía saber de antemano que era una mujer defensora de su propio sexo. Eso sí, con un humor bastante negro y seguramente no mucha gente la entendía.

¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté.

Sí, hacía tiempo que no veía a mucha gente, me ha gustado verlos de nuevo. Y bueno, un poco de diversión siempre viene bien.

Pero... —dije cuando noté el tono de su voz.

A veces me aburre todo esto —se encogió de hombros—. Ya sabes, todos esos lectores que leen lo mismo que tú —me sacó la lengua.

Tal vez debas tú de proponerme un libro —reí, diciendo eso con segundas intenciones.

Los que yo leo son para mentes privilegiadas, Kevin, y no se leen en una sola noche —me guiñó el ojo y joder, esa sí que había sido una buena respuesta y directa al grano—. Ahí viene tu compañía, espero que disfrutes la noche —se levantó de la silla, dispuesta a marcharse y la agarré débilmente por la mano.

Tal vez me interese arriesgarme a leer libros mejores —dije con voz ronca, haciendo toda una declaración de intenciones.

En ese caso, Kevin, primero termina con las novelas malas. Ya sabes, un libro bueno va a necesitar toda tu atención.

Me dejó KO con ese comentario. Pero también me dejó la puerta abierta. No al seductor y mujeriego, no poniéndomelo fácil. Ella, por lo que ya imaginaba, no era una mujer para una sola noche y con cabeza hueca. Era una mujer inteligente y joder, eso me estaba poniendo más que excitado.

Eso era lo que necesitaba para pasar unas vacaciones con sexo por doquier.

Pero su mensaje también era claro. Con ella no me valdrían los típicos juegos de ligón. Todo un reto que estaba dispuesto a aceptar.

Pero antes tenía que acabar de leer las novelas malas que ya tenía en las manos.

Llegaron y se sentaron cada una a un lado de mí, pidieron algo de beber y comenzaron con su charla de niñas ricas.

Yo, en ese momento, ya no podía pensar mucho en ellas, hacía como que las escuchaba, pero mi mente estaba en esa rubia que me había retado a vivir algo diferente. Y joder, cómo me había puesto eso.

Intenté centrarme en las dos morenas, las iba a tener en mi cama esa noche y lo iba a disfrutar, solo esperaba que la imagen de la rubia no estuviera demasiado en mi mente para poder desconcentrarme.

¿Y si nos tomamos la última en mi casa? —les pregunté, mirando a una y después a otra y viendo cómo en su cara se dibujaba una expresión de triunfo

absoluto, sin importarles, como yo ya imaginaba, compartirme para las dos. Y a mí no es que me importara en absoluto.

¿Solo una copa más? —preguntó una de ellas, aún no las distinguía, con aire sensual y con segundas intenciones.

Bella... Todas las que necesitéis —sonreí.

Sonrieron como niñas ganadoras y me levanté para irme con las dos. Al pasar por al lado de las tres locas que no se habían ido muy lejos, les guiñé un ojo, bromeando por haberlo conseguido.

No volví a mirar atrás. No volví a ver a Rihanna. Aunque imaginaba que también estaba dispuesta a disfrutar de la noche. Esperaba que sola, porque la mala sensación que me recorrió el cuerpo de pensar que podía ser con otro tío no me estaba gustando nada.

Sí, sería sola, ella no estaría con cualquiera.

Y yo no era un cualquiera, la iba a conseguir.

Llegamos a mi casa y nos bajamos del taxi. Mis empleados estarían ya durmiendo, así que estaba todo apagado. Las dirigí directamente hasta el salón y les ofrecí una copa y asiento.

Me aceptaron la copa, me rechazaron el sentarse.

Las miré intrigado y con mi vaso en la mano, me senté en mi sillón favorito que estaba frente a ellas. Las dos se miraron antes de dejar sus ojos posados de nuevo sobre mí. No hablaban, se mantenían en silencio. Bebieron un poco y dejaron las copas en el aparador que tenían cerca.

Se acercaron algo más a mí y sonrieron. Porque sabía que no estaba borracho, porque actuaban exactamente sincronizadas. Así que no era yo que estuviera viendo doble, supuse que no era la primera vez que estaban las dos disponibles para el mismo hombre.

Interesante...

Lentamente, y aún en silencio, comenzaron a quitarse el vestido, quedando las dos delante de mí en ropa interior. Era esa una de las pocas veces que le daba gracias a que existiera Victoria's Secret. Madre de dios, eso excitaría hasta el más eunuco.

Las miré de abajo a arriba y bebí al llegar a sus caras, para evitar reír cuando el comentario de John se repitió en mi mente, haciéndome pensar en sacos o almohadas que no me hicieran centrarme en sus rostros. Bajé la mirada de nuevo por su cuerpo, eso sí que estaba muy, pero que muy bien.

Me acomodé un poco más, buscando otra postura que no hiciera que mi

erección me doliera más de lo que ya lo hacía.

¿Vamos demasiado rápidas? —preguntó una de ellas inocentemente.

¿O tal vez no quieres lo mismo que nosotras? —ronroneó la otra.

Sonreí. Sabía que en el sexo iban a ser de lo mejor y estaba dispuesto a comprobarlo. ¿Rápidas? Ya estaban tardando.

Alargué la mano y cogí a una de ellas por la cadera, haciendo que se sentara a horcajadas sobre mí. La besé mientras ella movía su culo sobre mi erección, poniéndonos a los dos más que a tono.

Alargué mi mano y acerqué a la otra cuando dejé de besar a la hermana, acercándola también a mí y volví a devorar la boca de la otra. Pero mis manos ya estaban acariciando el culo de las dos.

Una restregándose contra mí, la otra... La otra pobre desatendida, pensé. Moví mi mano y la metí por debajo de su ropa interior, metiendo un dedo en ella y haciéndola gemir. Un minutos, dos... Hasta que las vi perder un poco el control, pidiéndome mucho más.

Me quité a una de ellas de encima, me levanté y las agarré a las dos de las manos. Era hora de tenerlas en mi cama.

Me tumbé en ella y las vi quitarse esa ropa interior de infarto hasta quedarse, ambas completamente desnudas.

No iba a perder el tiempo ni en hablar ni en nada, me puse un condón y las miré, señalándoles dónde quería a una de ellas ya. Y no tardó mucho en colocarse sobre mi erección y metérsela dentro sin más precalentamiento. Y no lo necesitaba, entró sin problemas de lo excitada que estaba. Comenzó a moverse encima de mi cuerpo, lentamente... La otra se puso de rodillas encima de la cama, a mi lado y con mi mano comencé a acariciarla. La oí gemir y la miré, con la cabeza hacia atrás, disfrutando por el placer. Me quitó la mano y se movió, colocándose con las piernas abiertas, una a cada lado de mi cabeza y con su sexo sobre mi boca.

Oh, dios, sí...

Bajó un poco su cuerpo, lo suficiente para que mi lengua pudiera tocarla y la agarré por las piernas, manteniéndola quieta mientras la saboreaba. Gimiendo en su sexo cada vez que su hermana entraba y salía de mí.

No era la primera vez que hacía un trío con dos mujeres, pero sí podía asegurar ya que ese iba a ser de los mejores.

Las saboreé a las dos, entré en las dos y las hice gemir y chillar, convirtiéndolas en dos cuerpos laxos tumbados a cada lado del mío, agotado

por el cansancio.

Nos quedamos unos minutos allí, cogiendo aire, esperando que nuestras respiraciones volvieran a la realidad. Un poco después, ambas se levantaron de la cama, sin decir nada, y comenzaron a ponerse la ropa interior.

No hace falta que nos enseñes la salida —guiñó una de ellas un ojo y me besó antes de desaparecer por la puerta de mi dormitorio, seguida por la otra tras besarme también.

Esperé un poco antes de levantarme de la cama y me levanté, saliendo al balcón de mi habitación a que me diera el aire, completamente desnudo. Sonreí al verlas salir de la casa, al final no eran tan tontas como creía, sabían cuándo debían de marcharse después de lo que había sido solo un polvo.

Muy bueno, pero solo sexo.

Me di una ducha rápida y me coloqué un bóxer. Fui al salón y me preparé una copa. Me senté en mi sillón y suspiré. Por fin había comenzado a ser yo mismo, por fin disfrutando del sexo desenfrenado.

Pero no terminaba de sentirme saciado.

En ese momento, la imagen de Rihanna se me vino a la mente y mi miembro se estremeció. Ella era a la que de verdad tenía que haber tenido esa noche ahí, pero no iba a arrepentirme de lo que había pasado.

Yo la iba a tener, me costara más o menos trabajo. Y si tenía que currármelo, mejor que mejor.

Sabía que no era alguien fácil y eso solo me gustaba más. Sonreí, las novelas malas ya las había leído. Ahora, todo lo que me quedaba en esa isla, solamente quería leer un buen libro. Leerlo y releerlo, porque sabía que con ella, con Rihanna, una sola noche, como bien ella decía, no iba a ser suficiente.

Y yo tampoco la quería solo para eso. Quería conocerla más. Y lo iba a conseguir.

Capítulo 5

Isla de los sueños, no podía tener mejor nombre, no podía ser más perfecto.

Estaba tomando un café viendo el amanecer, en mi tumbona, en el trozo de playa privada que tenía, el mayor de mis tesoros.

Me vino a la mente la belleza de Rihanna, su cuerpo, en la playa, en la fiesta, todo un espectáculo de seducción.

Y yo terminé con el libro de peor calidad, con dos páginas vacías que quitaron el calentón que esa isla me producía.

No podía ser, ya estaba deseoso de llenar mis sabanas con el perfume de Rihanna, ella me saciaría más, lo tenía claro.

Amaneció y me fui al “Paradise Resort” a desayunar, esperando a poder volver a toparme con ella.

Kevinnnnn —gritó Lili desde la misma mesa donde desayunamos el día anterior.

Sonreí mientras me dirigía a ellos, temía la que me esperaba.

Buenos días —me senté con ellos.

¿Qué tal el trio? —preguntó la misma que chilló mi nombre, no podía ser otra que Lili.

¿Trio? —me hice el tonto.

Sí trio —dijo haciendo la payasa.

Como hacerlo con una, pero con dos —sonreí.

Eres mi ídolo —dijo John —Auch —colleja que le metió Alba.

¿Quieres un trio? —preguntó Alba con cara de mala hostia —Si quieres esta noche hacemos uno —si a Kevin no le importa...

Ah no, yo con Kevin no —dijo sofocado.

Yo solo acepto mujeres —levanté las manos sonriendo.

Pues aquí tienes tres, para superar lo de anoche —bromeo Alba —
¿Queréis una orgía chicas? —miró a las amigas.

A mí dejadme de líos —advertí riendo, pero vamos que estaban para meter a las tres también en la cama.

Enzo, Brian, las Paris ¿dónde decís que estaban? —preguntó John en

venganza a las chicas.

Qué fáciles sois —negó con la cabeza Emma.

Yo no dije nada, a mí no meterme —se defendió Enzo.

Yo bastante tengo con esta —dijo Brian, señalando a Lili.

Mira a mi no me lo digas con ese retintín, que te mando a dar la vuelta a la isla rápido.

Hala, ya me toco cobrar —respondió Brian persignándose.

Mira quién viene por ahí —dije mirando a Rihanna.

Madre de dios, tu próxima víctima —contestó John.

Buenos días —dijo sonriéndose, saludando a la mesa en general.

Hola, Rihanna, ellos son Enzo, Brian, John, Emma, Lili y Alba.

Encantada.

Siéntate, por favor —dijo Alba señalando el hueco que quedaba.

Gracias —no lo pensó — ¿Qué tal la noche?

Estuvo muy bien la fiesta —carraspeé ante la mirada de todos que aguantaban de reír.

Ya... — Rihanna tenía claro lo que pasó, para que negarlo.

¿Y tú qué tal? —preguntó Emma ayudándome a cambiar el tema.

Yo bien —sonrió Rihanna haciendo una pausa —me acosté hace cuatro horas, pero no pude dormir más.

Vamos casi ves el amanecer —dijo Lili mientras mordisqueaba el pan.

Sí. ¡No tengo remedio!

Eso es bueno, a nosotras es que nos tienen controladas —soltó Alba mirando a los tres.

En la isla no se perderán —salió Rihanna en defensa de las chicas.

Una que nos entiende ¡Alabado sea el señor! —dijo Lili.

Pasamos todo el desayuno bromeando, Rihanna me miraba seductora, tenía ganas de mí, lo podía notar en su expresión, la llamada al deseo se leía en su rostro.

Un rato después los chicos se fueron, nos quedamos los dos solos y pidió dos Vermut, eso me gustó que lo hiciera sin preguntar, casi ordenando de que me quedara a su lado.

¿Qué tal ayer con las mellizas? —preguntó sin rodeos, con una sonrisa, mientras levantaba la copa para beberla.

Muy bien me limpiaron la casa —aguanté la risa y miré al mar.

Y el sable ¿No?

No me gustan las armas, ni los objetos punzantes —dije evitando la pregunta, a modo broma, con gesto interesante.

Ya, veo que te gusta esquivar...

¿Son importantes los detalles?

Para nada, ya te dije que hay muchos libros de mala calidad y ayer hiciste doblete.

Solo fue un mal capítulo que te impide continuar —guiñé el ojo.

Ya te dije que no tendría calidad —sonrió irónicamente.

Dime ¿Y tú la tendrías? —me mordisqueé el labio, me estaba provocando...

¿Lo dudas?

Para nada...

¿Entonces?

Te invito a pasar el día en mi playa, podemos comer ahí, hoy me están preparado un delicioso cordero, con un vino, sin más nadie que nosotros ¿Te animas?

No me lo perdería por nada del mundo.

Diez minutos después, nos montamos en mi moto, una vespa que compré para la isla y nos fuimos para mi casa.

Me encanta —dijo mirándola desde el jardín.

¿Desean los señores algo? —preguntó María, saliendo a recibirnos.

Tráenos una botella de vino y algo de aperitivo —dije sonriéndola.

Ahora mismo.

La llevé hasta el merendero de mi trozo de playa, nos sentamos en el balancín de madera, que estaba pegado a una mesa, y frente al mar, un lugar idílico dentro de mi propiedad.

Sabes que estás mal... — dijo alucinando de como tenía mi trozo de playa frente a mi casa.

No puedo quejarme y ahora menos —dije acercándome a su oído.

María apareció con la botella, las copas y unos tentempiés, los hacía riquísimos, los preparaba al estilo mexicano y daban un paladar perfecto a la selección de pequeñas muestras gastronómicas que preparaba.

¿Y después de esto pretendes que coma cordero?

Aja...

¿Aja? ¡A la mierda mi tipo! —negó con la cabeza.

Tu tipo... Estás perfecta, te puedes permitir estos caprichos —dije

atreviendo a poner una de mis manos sobre su rodilla.

No quiero engordar —puso cara triste.

Tranquila te voy a comer igualmente —dije lanzándome sin piedad, ella lo estaba pidiendo a gritos.

Ummm —mordisqueó un mini taco— puedes tocar —rio aguantando con la mano la comida que le caía de la boca al reír.

Mi mano se colocó entre su entre muslo, tenía las piernas cruzadas, noté como las apretó al yo colocarla.

Con la otra mano bebí de la copa de vino sin dejar de mirarla, sin poder perder ni un solo gesto de la expresión tan placentera que estaba poniendo, mientras sonreía y sabía lo que luego pasaría.

Tomamos la botella, con el cordero vino otra, estábamos en nuestra salsa, achispados, calientes, bromista, éramos dos ollas a presión a punto de explotar.

Tras la comida nos tiramos en las hamacas, mirando al mar, ella tenía su mano cerca de mi y yo le acariciaba el antebrazo, mientras hablaba con ella.

Nos metimos en el agua y la apreté hacia mí, la tenía cogida por sus glúteos a unos centímetros de mi cara, mirándome fijamente, con esa sonrisa que pedía a gritos que se lo hiciera, allí, ahora y ya.

Me acerqué y le mordisqueé el labio, estaba a mil, subí una de mis manos a su pecho y la metí por debajo del bikini, su pezón estaba duro y pude pellizcarlo con precisión, causándole un gemido.

Esa misma mano es la que baje hasta abajo, hasta poder alcanzar su parte íntima y jugar con ella con mis dedos, introduciéndolos a medida que su cuerpo se ponía rígido y su respiración aumentaba a la vez que se mordía con fuerza su labio.

Llevaba un preservativo en el bolsillo del bañador, lo puse al llegar a casa, sabía que iba a suceder y no quería que me cogiera sin ello, así que me lo coloqué, le quité la parte de abajo del bikini y la introduje de una estocada, dejándola agarrada a mi cuello con firmeza, aguantado cada movimiento que daba sin control, agarrando a sus caderas con fuerzas, motivado por los deseos que me producía esa mujer.

Fue todo rápido pero intenso, era el principio de los muchos escarceos que me daría con la siciliana.

De ahí nos fuimos en la moto a tomar algo a la otra parte de la isla, a un bar que había en una playa muy transcurrida por los más fiesteros, siempre

había gente las veinticuatro horas del día.

Me lo debía suponer —dije riendo mientras bajaba de la moto y veía a los chicos de New York sonriendo al vernos.

Son muy simpáticos y divertidos.

Sí y ellas están como cabras — dije mientras casi llegábamos a donde estaban.

Nada más llegar, Enzo nos puso dos copas en las manos, le había faltado tiempo, aunque estaban apoyados en la barra.

Estoy piripi —dijo Emma muerta de risa.

Ya lo notan —puso Enzo los ojos en blanco.

Por si acaso —sonrió irónicamente.

Hoy vamos a terminar piripis todos —dijo Lili.

¡¡¡Camarero!!! Ocho chupitos de Ron, para esta familia que crece, empezamos este y yo —señaló a Enzo —y mira como va ya la cosa y porque hemos dejado a los niños en la casa si no seríamos diez.

Emma, por favor —dijo Enzo mordiéndose el labio y riendo.

Enzo hijo, si estamos de fiesta, mira —se puso a bailar mientras el liquido de su copa salía disparado para todos lados y Enzo intentaba pararla.

Déjala, como mucho va a mojar la arena, nada importante —dijo Alba defendiéndola.

La arena, a nosotros y a todo el que pase —dijo John para más inri.

Hostias quienes vienen por ahí —dijo Emma.

Miramos todos sincronizadamente.

Las que faltaban —dijo Rihanna con una cara de asco que no pudo disimular.

Hola chicos ¿Cómo están? —dijeron las dos sincronizadamente.

Bien, estamos bien —dijo Lili con una sonrisa claramente fingida.

Nos vamos a la entrada de aquel embarcadero, nos vamos en el yate — señaló a uno de los que había atracado —vamos a pasar el día en alta mar, relax y sol —dijeron levantando la mano a modo despedida.

A ver si os ahogáis —dijo Rihanna en voz floja mientras se alejaban y rompíamos todos a reír.

¿Nacieron así de gilipollas o se entrenan todos los días? —preguntó Alba mirando como se distanciaban más para alegría de nosotros.

Y pensar que te las tiraste —dijo Rihanna mirándolas con asco.

Soltamos todos una carcajada.

Cualquiera guarda un secreto en esta isla —dije después de escupir el trago que estaba bebiendo cuando soltó eso.

Podríamos montar en una de esas motos acuáticas un rato y bordear la isla —dijo John.

Ah yo paso, yo me quedo en la tumbona, escuchando música y tomando copas —dijo Alba.

Yo también —dijeron Emma, Lili y Rihanna sincronizadamente.

Pues hala, ahí os quedáis nos vamos los chicos —dije muerto de risa y ellas empezaron a aplaudir. Rihanna había cogido mucho feeling con las chicas.

Cogimos las motos que nos dio el chico del embarcadero y nos fuimos los cuatro a dar la vuelta a la isla. Cuando llegamos a la parte opuesta John paró en un embarcadero donde había un bar.

Vamos —dijo Brian parando la moto y bajándose —¿sabéis lo que es una copa ahí sin escuchar a las leonas esas? —soltamos una carcajada.

Buena idea —dijo John levantando el dedo.

Yo me apunto a lo que sea —reí.

Yo me quedo aquí hasta mañana, que me pongan en busca y captura —rio Enzo.

Pedimos 4 cervezas bien frías, Heineken, en aquel rincón donde los únicos que había éramos nosotros y dos bellezas asiáticas poniendo copas, justo en la barra en la que estábamos apoyados poniendo la mejor de nuestras sonrisas.

Joder como están las muchachas —dijo John mirándolas descaradamente.

Te recuerdo que eres hombre casado —le dio dos palmadas Brian en el hombro.

Soy casado, pero no gilipollas —movió la cabeza y se mordió el labio sin dejar de mirarla.

Me voy a poner las botas —me froté las manos —el soltero de oro de la isla.

Quieto y parado, que aquí no se dice que estamos casado si no hay presencia de abogados —Brian era tremendo.

Las chicas charlaban en una esquina de la barra, nos estaban poniendo a mil, con esos vaqueros ajustados, esos politos blancos, ajustados, iban iguales vestidas, dos morbosidades dignas de pecado.

Pedimos otras cuatro cervezas.

No hablan, solo sonríen, fijo que solo entienden el nombre de las bebidas y no hablan otro idioma más que el suyo, la tendrán por sus caras bonitas —dijo John.

A mí me da igual que hable chino, japonés, vietnamita, yo solo quiero meterlas en la cama, luego como si hablan coreano —dije.

Voy a entrarles —John como no.

Levantó la mano y llamó a las chicas.

Disculpe ¿Cómo se llaman?

Yo Cecilia y ella Blanca, pero la llaman la Angela Chaning—dijo una voz masculina saliendo por la boca de aquellas que creíamos mujeres y resultaban ser travestis.

Oh, la, la —dijo Enzo en voz flojita.

Pues Ceci, me gustaría cinco chupitos de lo más fuerte que tengas —dijo John y luego se giró con cara de no podérselo creer, como nosotros, vamos.

Aquí tienen —volvió a emitir esa voz de ogro tras ese cuerpo encerrado que parecía de mujer. Un divino chasco.

Gracias —sonreí falsamente.

Nos tomamos el chupito de golpe y nos despedimos de allí con una sonrisa y una cara que no se podía disimular el trágico momento vivido, en el que, si nos llega a pasar de noche, con dos copas de más, no le damos tiempo a hablar cuando le hemos metido mano y encontrado con el regalo sorpresa.

Volvimos a continuar bordeando la isla, hasta llegar a donde nos esperaban las chicas, tumbadas, ¿relajadamente? No lo creía, eran bombas atómicas en un lugar paradisiaco.

Llegamos al sitio y ahí estaban, coctel en mano, tiradas, rienda y mirándonos mientras nos acercábamos a ellas.

¿Qué tal chicas? —preguntó Enzo.

Más que bien, hemos ligado y todo con dos machos ibéricos... —dijo Alba.

Igual que nosotros, dos bombones de machos ibéricos —bromeó Brian, recordando a “las asiáticas”.

Ah no, eso ha sonado a que os pasó algo, os conozco muy bien —dijo Emma.

Nada, nada, todo controlado —dijo John.

Bueno chicos, yo me debo de ir, tengo hoy un compromiso —dijo Rihanna.

Te llevo, ya voy a casa que tengo que hacer algo —respondí —Buenos chicos, nos vemos y pasad buen día.

Nos despedimos y lleve a Rihanna, a su resort, quedamos en que ya nos veríamos por la isla.

Un rato después de llegar a casa me llamó un chico de la isla, para invitarme esa noche a una fiesta privada, por supuesto acepté...

Llegué a la fiesta cuando ya había comenzado, la música se oía desde fuera y parecía que aún yo llegando tarde, aún no había aparecido todo el mundo.

Me quedé extrañado cuando me di cuenta de que solo había hombres. Saludé a unos pocos de conocidos y acepté sus invitaciones a tomarme algo con ellos mientras hablábamos de las novedades de nuestras vidas. O mejor, dicho, de nuestros negocios.

—El guaperas aquí, ya me extrañaba no verte.

Reí cuando escuché a Karl y me gire a saludarlo. Le di un abrazo y unas palmaditas en la espalda, me hacía muy feliz verlo.

A Karl lo había conocido dos años atrás, aunque sabía quién era de antes, pero no fue hasta ese momento que comenzamos a tener algún negocio en común. Era un chico más o menos de mi edad, divorciado de una chica que lo engañó con otro y, después de eso, se centró tanto en su trabajo que consiguió hacer de su empresa una de las más importantes de Reino Unido. Había sido él quien me había hablado de esa isla y desde que nos conocimos en persona, la verdad es que habíamos creado una buena amistad.

—No sabes lo que me alegra verte por aquí este año —sonreí.

—Bueno, el año pasado tenía demasiado trabajo para pensar en vacaciones, pero este... No iba a dejar que se me escapara —me guiñó el ojo y yo entendí el doble sentido, no iba a dejar que ninguna se le escapara, como hacía yo en mis deseados meses de relax.

—Hay bastantes mujeres nuevas, pero parece ser que no invitadas a la fiesta —torcí el gesto, expresando mi disgusto al ver que, al parecer, era una fiesta de hombres de negocios y yo no habría asistido de saberlo.

—Solo un poco de paciencia, Kevin. Tranquilo que esta noche no dormimos solos —rio, palmeando mi espalda.

Nos tomamos algo y, sin poder evitarlo, terminamos hablando de los negocios que teníamos entre nosotros, los dos contentos porque la cosa iba funcionando bien.

Poco después, el ruido de las voces del lugar se acalló. Miré a mi

alrededor y una sonrisa se dibujó en mi cara cuando vi cómo comenzaban a entrar por la puerta algún que otro bombón, acallando a todos y poniéndolos, además, en tensión.

A partir de ahí, las bellas damas comenzaron a entrar, saludando a sus conocidos y mi radar de ligón se activó cuando vi a una pelirroja con un cuerpo perfecto. Un vestido negro, corto y ceñido y unos pechos que ya me hacían imaginar de todo.

Ya había elegido a mi chica para esa noche, así que me quedaba ir a por ella y empezar a disfrutar de la fiesta.

—Buen gusto —dijo Karl.

—¿La conoces?

—En persona no, pero sé quién es. La hija del anfitrión, ni más ni menos. Llegó hace unas horas de Europa y de ella se sabe poco, la verdad. Está bastante protegida por su padre.

—No creo que sea un impedimento.

—No, no lo será, pero sí es el objeto de deseo de muchos de los que están aquí esta noche. No solo para un polvo, la tienen en el punto de mira para algo más serio. Ya sabes...

—Sí, asegurarse a un suegro como ese —resoplé, qué asco me daba eso.

—¿Te unes al club? —bromeó mi amigo.

—¿Yo? Ni de coña. Valoro mucho mi soltería. Si quiere pasar una buena noche, seré su hombre. Si no... Pues hay más alternativas —me encogí de hombros, sonando un poco cabrón, pero era la verdad, yo solo quería pasar un buen rato, nada de compromisos y menos con alguien que ni conocía y eso ella, si se venía a pasar la noche conmigo, debería tenerlo bien claro.

—Pues suerte, yo ya sé cómo voy a divertirme también —una palmadita más para despedirse y me dejó allí.

Con mi vaso de vermut en la mano, me apoyé sobre la barra y la observé mientras bebía. Saludaba a todos con una gran sonrisa en la cara y se notaba que era muy educada.

Nuestras miradas se cruzaron un par de veces y yo no aparté la mía. En la tercera ocasión, le hice una inclinación con la cabeza, levantando a la vez mi vaso en señal de brindis. Ella me observó un poco y, tras despedirse de sus acompañantes, comenzó a caminar hacia mí.

Me acomodé un poco más y elevé mi ceja cuando ya estaba cerca.

—Señor Rice... —saludó con una voz sensual que me puso cardíaco.

—Lo siento... Yo no tengo el placer de conocerla —dije educadamente.

—Me extraña eso —se colocó a mi lado—. ¿O se refiere a que no me conoce en el sentido que le gustaría?

Vaya, vaya... Pues eso no era lo que pensaba de ella. Era directa y, además, bastante segura de sí misma, sabiendo bien lo que los hombres querían de ella.

—Usted parece conocerme bien —le dije—. Incluso sabe qué es lo que yo deseo de usted... No es eso un poco de prepotencia.

—Puede ser —se encogió de hombros—, pero la culpa es de cada uno de esos ligones de cuarta que ya no saben cómo cazar a la hija soltera de un rico.

—¿Tan buen partido es usted? —miré esos ojos verdes que chispeaban por la diversión.

—Eso dicen —sonrió, tomándose mis palabras como eran, broma, nada personal—. Y la verdad que no es algo que me guste.

—¿No quiere un buen matrimonio? ¿Una seguridad? ¿Una...?

—Lo único que quiero es buen sexo sin compromiso.

¡Sí!, pensé. Esa era de las mías y ya la tenía donde quería. En mi cama, no lo dudaba.

—No creo que le falten opciones.

—¿Para solo sexo? Créame que sí. A veces siento ser el hombre en la fase de ligoteo, ya me entiende. El que huye de los compromisos.

—Extraño es... Ya se lo aseguro yo —reí—. Además, vivo lo mismo —bebí mirándola a los ojos, proponiéndole sin palabras lo que ambos queríamos.

Me había llamado un poco la atención, pero no era la primera mujer que encontraba como ella. Una mujer que quería lo mismo que yo, cero compromisos y un buen rato. Sí era más difícil que fuera directa al grano, pero tampoco me había sorprendido en demasía.

—Suba las escaleras como lo hacen quienes van al piso de arriba a jugar al billar. El pasillo de su izquierda, la tercera puerta, la del fondo. Ahí estaré.

Me quedé mirándola mientras se iba, saludó a un par de personas por el camino y comenzó a subir las escaleras. La noche era mía, la suerte me acompañaba.

Terminé de beber, dejé el vaso en la barra y comencé a caminar. Karl me estaba mirando y yo sonreí, haciendo que él riera a carcajadas, al tío no se le escapaba una. Llegué a la puerta que me dijo y abrí. Y ahí, delante de la cama,

estaba ella. Me giré y eché el pestillo y después me acerqué a cogerla, pegarla a mi cuerpo y devorar su boca.

Era como imaginaba, salvaje y sin inhibiciones. Me estaba tirando a la hija del anfitrión en su propia casa. No podía haber ido la noche mejor.

Terminamos una hora después, nos vestimos y salí de allí, sin decirle nada.

—Señor Rice...

Me giré y la miré antes de cerrar la puerta.

—¿Sí? —ni siquiera sabía su nombre y no me interesaba, la verdad.

—Fue un placer conocerlo —sonrió.

Le devolví la sonrisa y asentí con la cabeza. Sí, había sido más que un placer, pero no se repetiría y ambos lo sabíamos.

Volví a la fiesta y me acerqué a Karl con otra copa en la mano.

—¿Objetivo conseguido? —susurró.

—La fiesta ya terminó para mí —dije antes de beber.

Un rato con él y con los demás invitados y me marché a casa. Ni siquiera me quedé a la cena, yo ya estaba más que servido.

Capítulo 6

Esa mañana no quería ir al resort a desayunar, lo hice en mi casa, frente al mar, en solitario, viendo el amanecer y disfrutando del succulento desayuno que con tanto cariño me había preparado María.

Leía mientras desayunaba, un libro de Zecharia Sitchin llamado “El duodécimo planeta”, para mi punto de vista, uno de los libros más completos e importantes sobre el origen de la tierra.

Recibí una llamada inesperada, me sacó del libro rápidamente, era Elle, una “amiga” que residía en Camboya desde hacia tres años por motivos de trabajo y a la que visité quince días a los pocos meses de ella instalarse allí, y casi vengo con 10 kilos menos y desgastado de la cantidad de polvos que echamos...

Estaba en una isla de las Maldivas de vacaciones una semana, en Maafushi, la isla más hippy de todas las islas. A unos 10 minutos de la mía, en lancha rápida, así que quede en comer con ella y llamé al embarcadero para que viniera a recogerme una en una hora.

Elle era sensual, con cara de niña, morena, muy natural, nada de esas mujeres que parece que se van a romper con tantas operaciones estéticas.

Me cambié de ropa, preparé una bandolera con mis cosas, teléfono, cartera, tabaco, funda de las gafas de sol y listo para pasar un día con Elle.

El trayecto pasó rápido y ya estaba atracando, viendo a esa preciosa y encantadora sonrisa que siempre llevaba esa chica, nos fundimos en un fuerte abrazo y un apasionado beso, siempre caíamos rendidos, era con la persona que siempre quería repetir.

—¿Qué haces por aquí? —dije echándole el brazo por encima.

—Una vacaciones, necesitaba relax...

—Podías haberme avisado antes y te hubieras venido a mi casa.

—Ya, pero vine con dos compañeras, así que preferí no ponerte en un compromiso.

—Para nada, tres mejor que una —dije riendo y pegándola contra mí mientras andábamos.

—Siempre igual —negó con la cabeza.

Comenzamos a caminar por esa pequeña isla, donde el ambiente hippie envuelve a la isla.

Colorida, llena de columpios entre palmeras, lugares espectaculares para tomar un zumo tropical, era un atolón con un enclave espectacular, con pocos resort que no envidiaba al resto de islas, esta estaba destinada para recibir al turista sea de la clase económica que fuera.

Nos pedimos dos cocteles y nos sentamos en la playa a charlar, no dejábamos de hacernos muestras de cariño y de besarnos, era lo que nos apetecía, como cada vez que nos juntábamos.

—¿Qué tal en Camboya?

—Bien, pero ya estoy pensando en septiembre no renovar ahí y pedir traslado de nuevo a Londres.

—¿Y eso?

—Ya me cansé, recorrí muchos lugares de Asia los días que cogía libre, ya me conozco Camboya bien, Tailandia, Vietnam, Laos... fue una experiencia única, pero tengo ganas de instalarme definitivamente en un sitio y ese no es el idóneo, así que volveré a Reino Unido.

—Imagino —sonreí mientras acariciaba su mejilla.

Un rato después estábamos jugueteando en el agua, besándonos y deseando terminar desatados en cualquier lugar, así que decidimos alquilar una cabaña en esa parte de la isla, por un rato.

Era mi Elle, me ponía imparable con solo mirarle su cuerpo, su piel con ese olor perfecto que daban ganas de mordisquear por todos los rincones.

La senté desnuda en el filo de la cama, le abrí las piernas y yo estaba inclinado, frente a esa fruta renaciente de su cuerpo, aproximando mis labios y lengua, mientras con mis manos le abría mas las rodillas y dejar totalmente expuesta su parte para mí.

—Ufff —resopló mientras la mordisqueaba y lamia con mis labios.

—No te muevas — dije mientras intentaba bloquearla.

Mis dedos comenzaron a introducirse dentro de sus vaginas, mientras la comía y con la otra mano pellizcaba sus pezones, no pudo más, chilló como una loca mientras intentaba cerrar sus piernas y yo continuaba jugueteando hasta verla estallar.

Luego le indiqué con una palmada que se giraba, se pusiera a cuatro patas, en el filo de la cama, puse sus caderas en la altura perfecta y entré de una estocada, comenzando a hacer unas entradas y salidas totalmente

sincronizadas, a la velocidad de la luz y con una fuerza que parecía que se fuera a romper, hasta que caímos los dos, llegué a ese orgasmo que pocas veces una mujer me hacía conseguir, pero ella no fallaba, era el perfecto taco y provocaba en mí lo que nadie hacía.

Pasamos toda la tarde ahí metidos, luego me acompañó al embarcadero y volví a mi isla, habíamos quedado en volver a hablar, no sabíamos cuánto tiempo tardaríamos en volver a vernos, pero lo haría seguro, arrastrándonos de nuevo a esos placeres que cada x tiempo conseguíamos repetir.

—Estuvo aquí Rihanna preguntando por ti —dijo María.

—¿A que hora?

—Sobre las dos de la tarde.

—¿Qué le dijiste?

—Qué saliste y no sabría a qué hora volverías.

—Vale. ¿Puedes prepararme una ensalada de frutas?

—Claro ¿Pero solo vas a cenar eso?

—Sí, tranquila, quiero algo fresco y ligero.

—Ahora mismo, señor.

—Gracias —le sonreí, la adoraba.

Un rato después de ducharme me comí la ensalada y me quedé en el salón viendo una película, por eso día había tenido bastante, no me apetecía salir y Enzo me había puesto un mensaje invitándome a comer a su casa al día siguiente, con los chicos y Rihanna.

Por unos momentos pensé en esos chicos, con una vida buena, eran solteros y de repente caen de uno en uno en las garras del amor, convirtiéndose en esposos y dos de ellos en padre, a pesar de lo que me contaron, ahora eran hombres completamente felices, con una estabilidad matrimonial y una nueva vida.

¿Me pasaría eso a mí en algún momento? No lo creía, pero la vida era una caja de sorpresas y quizás en cualquier momento aparecería esa mujer que pusiera mi vida patas arribas, tendría que ser una mezcla en Rihanna y Elle.

Me estaba poniendo melancólico ¿Qué me pasaba?

Necesitaba dormir, un día inesperado y un vuelco de emociones nada más...

Capítulo 7

—Ya era hora de que llegaras, un poco más y te dejamos sin comida.

Acababa de llegar a casa de Enzo y lo seguí al jardín donde ya estaban todos allí, poniendo la mesa para la gran comilona, porque dios mío, qué exageración de comida estaba viendo...

—Me encontré a alguien y me entretuve —le respondí a Emma y los saludé a todos.

Y la última, a Rihanna.

—Estás guapísima hoy —le di dos besos y le sonreí. Iba vestida de sport, como todos los demás, y tenía un encanto especial. La verdad era que a ella le sentaba bien todo.

En ese momento no pude evitar acordarme del momento que vivimos juntos.

—Por dios, sentaos ya que me muero de hambre —refunfuñó Alba.

—Tú siempre tienes hambre —le contestó John.

—Algo de lo que no sueles quejarte —dijo ella con picardía, guiñándole un ojo y haciéndonos reír a los demás.

Tomé asiento frente a Rihanna y al lado de los chicos. Emma y Liliana aparecieron un momento después con los niños, casi arrastrándolos porque no querían sentarse a comer. Al final, desesperadas, los dejaron a cargo de los padres, quienes les dieron un trozo de pan a cada uno y los dejaron marcharse de nuevo a la pequeña piscina donde estaban metidos.

—Joder, Enzo... —dijo Emma.

—¿Qué te pasa, amor?

—¿Qué me pasa? A los hijos se les cría, no se les malcría.

—Venga, relájate, están disfrutando, ya comerá cuando tenga hambre —se encogió de hombros.

—En eso mi amigo tiene razón —lo apoyó Brian, el otro culpable al que Liliana miraba como si quisiera matarlo.

—Faltara más... —suspiró esta.

—No sé para qué os quejáis tanto, si vosotras los consentís aún más que ellos —intervino John, ganándose una patada de su mujer por debajo de la mesa—. Auch, ¿qué haces?

—Eres un bocazas —rio ella al final.

—A ver cómo eres tú cuando te toque, señor yo nunca me enamoraré de nadie y quien casi se congela dentro de una fuente para pedirle matrimonio al amor de su vida —se burló Emma.

—Me vas a recordar eso toda la vida, ¿verdad? —suspiró John.

—Claro, mijo —intervino Lili.

—Bueno, pero lo conseguí —John sacó la lengua.

—Hombre y tanto, es que no lo consigues y te matamos entre todos —rio Brian.

Yo los miraba a todos y alucinaba, parecían hermanos y hermanas. Es como si todos hubieran vivido la historia de los anteriores como si fuera propia y eso les había creado un vínculo irrompible.

—Soy todo un romántico —suspiró John, guiñándole el ojo a su mujer, haciendo que esta pusiera los ojos en blanco y los demás riéramos a carcajadas.

—¿Y tú, Kevin? —preguntó Emma.

—¿Yo qué? —dije tras beber un poco del vino que estaban sirviendo—
Está buenísimo...

—¿Cuál es la mayor locura que has hecho por amor? —siguió.

—¿Locura por amor? —me quedé pensativo —Pues ninguna —me decepcioné hasta yo mismo con eso, pero es que era la verdad, nunca había hecho nada así por amor.

—¿Cómo que ninguna? Eso no es posible, mijo... —Liliana no se lo creía.

—En realidad, sí es posible si él nunca estuvo enamorado, si lo sabremos nosotros... —intervino Enzo.

—Todo el mundo se enamoró una vez, es imposible que... —empezó Alba y su marido la cortó.

—No, no todos, ¿te lo recuerdo?

—Está bien —siguió Emma—. Pero algo habrá, ¿no? O alguien que te haya resultado especial.

—No... La verdad es que no, ha habido alguna relación un poco más larga, pero yo sabía que no iba a acabar en nada. No sé si el amor existirá para mí.

—Oh, existe para todos —dijo Alba y todas las chicas afirmaron con la cabeza.

En ese momento miré a Rihanna. Me miraba con curiosidad, sin opinar.

—¿Qué piensas tú? —le pregunté, quitando así también un poco la

atención sobre mí, mi vida amorosa era demasiado aburrida como para hablar de ella, a no ser que quisieran clases de Kamasutra que lo dudaba.

—Que eres un poco cínico.

Lo dijo tan tranquila y con tanta naturalidad que acabamos todos riendo.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

—Porque estás equivocado y lo sabes. Sabes que el amor existe, eso no tienes que dudarlo, debes de dudar de tu capacidad para aceptarlo si te llega algún día. Y ese, mi querido, creo que será tu problema.

Las chicas vitorearon su comentario y rieron, apoyándola y yo no estaba entendiendo una mierda. Pero se inició una especie de debate, separado en dos equipos, por sexos, donde casi nos matamos verbalmente unos a los otros.

Nunca había vivido algo así y me lo estaba pasando de lo lindo.

Dos horas estuvimos sentados a la mesa. Bebiendo, comiendo, debatiendo y riendo como lo que más.

Hacía un rato que había salido de darme un baño en la piscina, los demás pululaban por allí, entre baños, estar pendientes a los niños que eran unos torbellinos y beber, sin desperdiciar un solo instante de nada y lo que más me llamaba la atención era como todo aquello se veía natural en ellos. La relación que tenían era muy especial.

—Estás muy callado hoy —Rihanna se sentó en la tumbona de al lado y me dio un vaso con alcohol. Me senté, como ella y cogí lo que me ofrecía.

—Es extraño...

—¿Qué es extraño?

—No sé, tal vez es cosa mía, pero me he sentido un poco... Sin saber cómo tratarte.

—Kevin, por dios, puedes tratarme normal.

—Ya, lo siento, solo que no sabía actuar.

—Cualquiera diría que es la primera vez que vuelves a ver a alguien después de tirártela —rio ella.

No, no era eso y no le estaba contando a ella toda la verdad tampoco. Me había sentido extraño porque igual que había recordado lo que entre ella y yo ocurrió, igualmente no había dejado de pensar en lo que viví el día anterior con Elle. Y yo mismo me había sentido un poco descolocado.

Para mí esa mujer era la definición de perfección. Un cuerpo de escándalo, más que perfecto. Su forma de ser, de moverse, de hablar. Su olor... Todo de ella me gustaba.

Y Rihanna...

En esa tesitura me encontraba, ella también era diferente y especial. Y en el sexo también era para recordar.

No tenía por qué comerme la cabeza, sin embargo, lo hacía. Los recuerdos de la noche anterior con Elle no se me iban de la mente y los de Rihanna también estaban grabados a fuego en mí.

—¡A bañarse!

Escuché cómo chillaban antes de tirarnos a Rihanna y a mí un cubo de agua por la cabeza y empaparnos completamente. Nos levantamos de un salto y miramos detrás, las tres chicas se desternillaban de la risa.

—Vamos, hombre, que parecéis dos abueletes aburridos —dijo Emma.

Las miré con ganas de matarlas y corrieron para tirarse a la piscina. Rihanna no podía parar de reír y yo la miré, con las cejas enarcadas.

—Ah, no, ni se te ocurra —dijo reculando un poco hacia atrás.

Pero a mí ya se me había ocurrido. Me acerqué a ella lentamente, con una sonrisa en los labios. Las chicas tenían razón, me sentía algo tenso y eso era una fiesta, había ido para disfrutar.

Rihanna se tropezó con otra hamaca y casi se cae encima de ella, pero logró mantener el equilibrio y quedarse de pie. Aproveché esos segundos para llegar a ella, cogerla en brazos y acercarme al borde de la piscina, donde estaban todos los demás.

—Kevin, ¡no!

Pero ya había saltado con ella, dentro de la piscina. Salimos a la superficie, yo riendo y ella escupiendo agua por doquier.

—Serás... —dijo medio ahogada.

Como aún la tenía agarrada, tiré de ella hacia abajo, metiéndola de nuevo en el agua. En ese momento ya todo fueron risas y dejé de pensar en todo lo demás.

La fiesta se había vuelto otra vez divertida y yo estaba dispuesto a pasármelo bien con todos, sobre todo con Rihanna. Quien no me lo puso nada difícil y por un momento pareció que nos habíamos convertido en una pareja más de ese grupo de gente tan especial.

—¿Y el anillo pá cuándo? —cantaba Lili mirando a Rihanna y a mí.

—En breve, lo tengo en el bote —bromeó Rihanna.

—Pues no abras la tapa para no correr el riesgo de perderme —hice un guiño. ¿Yo poner un anillo de compromiso? Quitá, Quitá, hasta picores me

entraban de pensarlo.

—La tapa no, te abriré el corazón —dijo Rihanna con gesto convencido.

—¡Toma ya! Así se habla —gritó Alba.

—Hermano, te veo con la sogá —respondió John poniendo una copa en mis manos.

—¿No había una película que se llamaba novia a la fuga? Pues yo voy a hacer la nueva versión “Novio desaparecido” —bromeé.

—¿Somos novios? —su pregunta fue directa a la yugular.

—Rihanna...

—Kevin... — dijo sonriendo, provocándome.

—Nada... — negué con la cabeza.

—¿Temes algo? —dijo acercándose

—A ti, te temo a ti —la apreté contra mí y la besa.

—¡¡¡Bravo!!! —gritó Alba —Otro como mi marido que le falta dos telediarios para caer.

La miré a modo asesino y John no tardó en contestar.

—¿Vas a dejar al chico en paz?

—Ni que fueras mi padre para decirme que sí o no decir...

—Si fuera tu padre...

—¿¿¿Qué???

—Nada...

Me encantaba verlos de esa manera, eran todos tan divertidos y estaban en una perfecta conexión que hacia en cierto modo que los envidiara.

Un rato después nos despedimos, me fui a llevar al resort a Rihanna, me invitó a tomar la última copa en su bungalow, una pasada por cierto dentro de ese marco perfecto que había diseñado su padre.

—¿Tienes mucho miedo al amor? —dijo acercándose sugerentemente con su copa en la mano.

—No, simplemente que aún no me llegó el momento —me mordisqueé el labio sabiendo lo que iba a pasar.

—Puede que no te hayas dado cuenta —acarició mi miembro mientras soltaba la copa en la mesa, provocando que aquello subiera de forma fulminante.

—Puede —la cogí en brazo y la senté sobre la mesa de piedra que había en el salón.

—Quiero que me lo hagas como nunca se lo hiciste a nadie —dijo

provocándome unas ganas inmensas de darle en esos momentos todo aquello que deseaba.

—Desnúdate —dije mientras metía la mano por debajo de su bikini. Me estaba excitando demasiado, notaba su humedad.

Bajé la cabeza y puse mis labios frente a su clítoris, saqué la lengua y comencé a jugar con él, su cuerpo reacciona y se encoje cuando empiezo a succionarla, temblaba, está desnuda ya, sigo jugando con mi boca entre sus partes y me separo.

—Sigue — dijo casi sin respiración.

Se estaba volviendo loca y quería más conforme iba aumentando el placer, mientras yo salgo y la pongo en el borde de la mesa, para penetrarla mientras le agarraba por la cabeza y la otra mano en sus caderas.

Se le veía tan sexy...

Estábamos disfrutando, no la dejaba apenas moverse, tenía el control sobre ella y pensaba en ciertas cosas que no iba a dejar pasar por alto en nuestro próximo encuentro, tenía que llevarla al límite, sabía que podría.

Llegamos al orgasmo.

—No es nada fuera de lo normal, pero te propongo que vengas a mi casa otro día y entres en mi juego —dije con voz ronca y apoyado sobre su hombro, estaba recuperándome del orgasmo.

—Puedes preparar ese encuentro, quiero que hagas conmigo lo que quieras, estoy dispuesta a todo —dijo abrazándome y besando mi hombro mientras lo mordisqueaba.

—Está bien, te avisaré.

Me volví a colocar la ropa y me despedí de ella que me miraba apoyada en el quicio del bungalow, estaba para repetir, pero quería preparar mi terreno y darle una noche de sexo desenfrenado, no tardaría en pasar.

Llego a mi casa sabiendo que había bebido un poco más de lo normal, intento evitar encontrarme con María, así que tiro directo a mi habitación.

Seguía notando la erección, estaba demasiado caliente y un polvo rápido no me había saciado, yo quería más y ella me lo iba a dar, iba a someterla a mi juego, ese que prepararía minuciosamente.

Capítulo 8

Esa mañana me estaba volviendo loco. Después de tomar una ducha en casa, tras la noche de sexo que pasé con Rihanna, y me había despertado pensando en Elle.

Para matarme...

Antes de entrar en la ducha, le mandé un mensaje de si nos podíamos ver y al decirme que sí, decidí llamar a alquilar una cabaña para pasar el día los dos juntos. La necesitaba, quería tenerla cerca. En la ducha no había dejado de revivir los momentos que había pasado con Rihanna y, sin embargo, ahora tenía en mente a la otra.

Me iba a quedar completamente loco.

Me vestí y preparé una pequeña bolsa con una muda de ropa y el bañador y salí en dirección a la otra isla a buscar a Elle. Le mandé un mensaje cuando estuve cerca y ya estaba ella esperándome en el muelle.

—Te he echado de menos —le dije sin pensar porque era así, la verdad.

—Uy, demasiado cariñoso estás tú hoy —bromeó antes de darme un abrazo, pero yo le di un beso en los labios. Porque me da la gana, quise responderle cuando me miró extrañada.

No me entendía ni yo, me iba a entender ella...

—Alquilé una cabaña cerca de aquí, mejor que en la que estuvimos los otros días, nos llevarán la comida y todo, ¿te apetece? —hice un guiño.

—Entonces voy a mi hotel un momento para...

—No —la corté—, no te hará falta la ropa —sonreí con picardía.

—Kevin...

—Lo siento, pero no voy a tenerte todo el día para mí y a no tocarte.

Eso era obvio, y ella no era tonta y lo imaginaba también. ¿Entonces para qué andarnos con rodeos?

—Pensé que me llamaste porque te gustaba mi compañía —dijo ella.

—Eso también —dije serio, provocando su risa.

No tardamos mucho en llegar a la cabaña que había alquilado. Y menos mal que la despensa y el frigorífico estaban bien llenos, hacían bien su trabajo. No era muy común encontrar sitios así, generalmente tú tenías que prepararte

el tema de la comida, pero por una buena cantidad de dinero, conseguí que me reabastecieran para una semana al menos, allí no faltaba de nada. Y contando con el poco tiempo en que los avisé, ya se había puesto las pilas, habían sido bastante rápidos.

Al mediodía nos traerían la comida preparada de un cáterin, lo que fuera para no tener que preocuparnos por nada. Solo por relajarnos y disfrutar.

—Kevin... Una cosa es que diga que me muero de hambre y otra que quieras ponerme como una vaca —dijo cuando empecé a sacar bollería de la despensa.

Habíamos llegado y entrado directamente en la cocina. Elle se había puesto a preparar café para los dos y yo a mirar en la despensa qué nos habían comprado para comer. Y como decía ella, había allí medio supermercado en comida. La verdad es que se habían pasado un poco, pero no iba a quejarme después de lo exigente que había sido con ellos.

—Porque te comas uno no te va a pasar nada.

—No, claro, solo tener que estar tres días a base de té y tres horas de gimnasio al día para bajar esas calorías.

—Exagerada me salió la niña... —reí— Además, tú no eres de esas que se obsesionan ni con la dieta ni con la figura. Y tampoco te hace falta —dije dándole un repaso de arriba abajo. Joder, es que estaba más que buena.

—Mis horas en el gimnasio me paso, Kevin, como todas —se encogió de hombros.

—Anda, come y calla —le acerqué un croissant de chocolate para que le diera un bocado y gimió al probarlo.

—Merecerá la pena la dieta de mañana —se lamió los labios y yo fui detrás, también quería probar el chocolate...

—¿Estás bien? —me preguntó tras un beso.

—Sí, ¿por?

—No sé, te noto extraño...

La verdad era que lo estaba, yo no era un hombre de ese estilo, así, cariñoso, pero con ella me salían esas cosas naturalmente y eso también me hacía sentir un poco inseguro.

Y con Rihanna, pensé...

Sí, con ellas dos era de una forma diferente a como era con las mujeres de sexo de solo una noche. Pero tampoco era algo por lo que tenía que rallarme, solo me encontraba más cómodo y sabía que ellas conmigo también, ¿no?

—Toma —cogí la taza de café que me ofreció y me senté con ella a la mesa. Se sentó a mi lado y cogió otro croissant, esta vez solo para ella ya que el otro me lo había comido yo.

Desayunamos y salimos. La cabaña estaba a pie de playa y el día invitaba a no salir del agua en todo el día. Elle se quitó el vestido y se quedó en bikini y no dudó en correr hasta el agua a darse un chapuzón rápido. Salió pronto y se acercó a mí con una gran sonrisa en la cara.

—Me encanta este lugar —dijo refiriéndose a las Maldivas en general—. Siempre estoy deseando que llegue el verano para poder escaparme aquí.

Se sentó en la hamaca y yo, ya con mi camisa también quitada y solo con mi bañador, me senté en la que tenía a su lado.

Entendía lo que decía, a mí me pasaba lo mismo. Y ya no era por el tema de las fiestas o el sexo, sino por la paz de aquel lugar, cómo recargaba pilas para aguantar lo que restaba del año con un trabajo estresante que a veces no me dejaba ni dormir o ver a amigos y familiares.

Suponía que a la mayoría de los que estábamos allí o en cualquier destino parecido, a todo aquel que trabajara le pasaría lo mismo. Y la mente la despejábamos en lugares así, donde nos sentíamos libres del mundo y cogíamos fuerzas para volver a la carga.

A los que no trabajaban, como por ejemplo las Paris, pues solo sería un destino más donde estar de vacaciones, seguramente no sentirían lo que los demás, el poder sentirnos libres y que merecíamos ese descanso por haber trabajado tan duro los meses atrás.

—¿Alguna vez has pensado en vivir aquí todo el año?

Salí de mis pensamientos con la pregunta de Elle.

—Pues sí, pero no lo haría —dije.

—¿Por qué no? —se tumbó y me miró, esperando mi respuesta.

—No sé, demasiado ocioso todo el año, ¿no?

—Me refería a trabajar desde aquí.

—No —negué inmediatamente—. Me encanta este lugar, pero me gusta más porque lo espero con ansias todo el año. Además, si estuviera un año entero aquí, seguramente acabaría echando de menos la ciudad, soy un hombre de acción —le guiñé el ojo.

—Sí, lo entiendo.

Y yo sabía que ella lo entendería.

—Serás la primera que me entiende —sonreí.

—Tal vez es que tú no te dejas entender por todos.

—Eso también —dije serio, ella me captaba bien.

Para los hombres como yo, la privacidad era bastante importante. Y tampoco teníamos que mostrarnos a todas las mujeres que conocíamos. Sabíamos lo que queríamos y nada más. Enseñaríamos lo necesario para llevárnosla a la cama y que ambos disfrutáramos. Pero nuestra vida o nuestra personalidad, eso ya era otro tema.

—Se está poniendo el ambiente demasiado serio, ¿una copa? —le pregunté en tono broma.

—¿Hay alcohol? —rio ella.

—Hombre, claro, nos han abastecido de todo.

—Kevin, que solo estaremos un día aquí —seguía riendo.

—Y yo no quiero que nos falte de nada. ¿Una copa?

—Claro, a tu gusto.

Esa era otra de las cosas que me encantaban de ella. Siempre servicial, siempre complaciente. Siempre Elle. Diferente a todas las demás.

Fui a la cocina a preparar algo de beber y cuando salí, me encontré a Elle metida dentro del jacuzzi que teníamos fuera al lado de una pequeña piscina que también había en el jardín.

—¿Está el agua calentita? —iba a reírme a carcajadas. ¿De qué servía un jacuzzi si no lo ponía en funcionamiento?

—La verdad es que me estoy congelando el culo. Pero es que estoy cómoda —rio.

Dejé las copas en el suelo y busqué el botón para que el jacuzzi comenzara a funcionar. El ruido y su risa me hizo saber que era ese que había pulsado. Cogí la bebida y entré con ella.

—Joder, pues sí que está fría —torcí el gesto.

—Ya se va calentando.

Me senté a su lado y le di su bebida, nos quedamos un rato en silencio, disfrutando de esa paz y de la compañía. Era otras de las cosas que me gustaba de Elle, no tenía que estar siempre hablando, los silencios con ella también eran cómodos y nada forzados.

Terminamos con el alcohol y cogí su copa para dejarla en el suelo, junto a la mía también ya vacía.

—¿Estás bien? —me preguntó al seguir yo callado.

—Sí... Me encanta esta paz.

—Cuando vuelvo a la ciudad, después de mucho tiempo aquí, me da hasta ansiedad. Pero también me pasa al contrario, me cuesta unos días adaptarme a esta isla cuando vengo.

—A mí me pasa igual, supongo que nos pasará a todos.

—Puede ser...

—¿Sabes qué me cuesta a mí? —pregunté moviéndome un poco y poniéndome frente a ella, abrió sus piernas y me dejó colocarme entre ellas.

—¿Qué? —preguntó inocentemente?

—Tenerte ahora cerca y no besarte.

—¿Y por qué no lo haces? —me preguntó con dulzura, casi tímidamente.

Lo hice, porque no había ninguna razón para no hacerlo ya. Porque sabía desde el momento en que me desperté pensando en ella que quería besarla y tenerla de nuevo en la cama, conmigo, haciéndola mía.

Fue un beso dulce, saboreando cada rincón de su boca y acariciando, bajo el agua, ese cuerpo tan perfecto que tenía.

Bajé mi mano y la coloqué en su sexo, haciéndola suspirar en mis labios.

—Kevin...

—Te quiero en la cama y no quiero que te muevas de allí en todo el día — dije sobre sus labios entreabiertos por los pequeños gemidos que emitía con mis dedos jugando con su sexo. Metí un dedo dentro y se mordió el labio, con esa expresión en su cara que me ponía a mil.

—¿Y no puede ser aquí? —dijo entre gemidos, ya tenía dos dedos dentro de ella.

—No... Aquí solo un adelanto.

Comencé a mover mi mano, a acariciarla y a hacerla disfrutar. Con la otra mano dejé sus pechos al descubierto y los apreté, provocándole aún más placer. Ahí no podía disfrutar de su cuerpo como quería. No podía lamerlo y morderlo, no podía hacerla mía, pero le daría ese primer orgasmo que tanto necesitaba.

Y no tardó mucho en llegar, haciendo que su cuerpo sintiera escalofríos y que esos sonidos que salían de su garganta provocaran que mi erección me doliera horriblemente.

Tenía que estar ya dentro de ella, no iba a esperar más.

La besé y cuando noté que empezaba a respirar con normalidad, salí del jacuzzi y le ofrecí mi mano para ayudarla a salir.

Cogí la toalla que había dejado antes cerca y me dediqué a secarnos a los

dos un poco antes de agarrarla de la mano y llevarla al dormitorio. A la cama. Donde la quería todo lo que quedaba de día.

Y allí la tuve, entre las sábanas. Haciéndola mía en la cama, en la orilla de la playa e incluso en la encimera de la cocina mientras poníamos la mesa para comer.

El día se me fue en un suspiro y en el momento en que la dejé en su hotel, solo pensaba en organizar otra salida así con ella y disfrutar de su compañía durante algo más de tiempo.

Miré cómo entraba y en ese momento, como me había pasado más veces en el día, la imagen de Rihanna se me vino a la mente.

No sabía qué me estaba pasando con esas dos mujeres, pero normal no era. Llegué a casa y tomé una ducha, me serví un vermut y me senté en mi sillón favorito.

Había sido un día perfecto y con eso me quedaba. Ahora era momento de descansar y ya al día siguiente pensaría cómo pasaría el día.

Mi móvil sonó y sonreí cuando vi el nombre de Rihanna en la pantalla.

—Hola, guapísima —dije al descolgar.

—Kevin... —dijo sensual.

—¿Cómo estás?

—Bien, algo aburrida hoy. ¿Y tú?

—He pasado el día relajado... —no tan relajado, pensé...

—Iba a dormirme ya, sé que es tarde, pero me apeteció llamarte.

—Claro, no te preocupes.

—Estaba pensando... —ronroneó.

—Mmmm... ¿Por qué será que eso me suena a algo a lo que no podré negarme?

—Siempre puedes negarte.

—No creo que quiera hacerlo.

—Bien... Porque estaba pensando en que me gustaría que me enseñaras ese juego de la seducción que usas y tan intrigada me tienes.

—¿No te lo enseñé ya? —los dos sonábamos excitados ya, simplemente con el juego y con pensar en vernos.

—No, solo me enseñaste un poco de todo lo que sé que escondes. Ahora, que si no quieres mostrármelo...

—Sabes de más que te muestro lo que quieras.

—¿Y si te digo que mañana? No sé, porque no me hagas esperar mucho...

—Te espero por la mañana, en mi casa —dije ya con voz ronca, imaginando en cómo la tendría en mi cama en solo unas horas. Solo de pensarlo me hacía excitarme.

—Nos vemos a las doce, Kevin — prometió.

Colgó la llamada, ni una palabra más. Ya los dos estábamos pensando en que llegara ese momento y pasar un buen rato juntos. Como los que ya habíamos pasado, sabiendo que sería increíble el sexo entre los dos.

Y Elle se me vino a la mente.

Me terminé el vermut y me levanté, un poco molesto con mi mente porque no era momento para pensar en ella, como me pasaba con Rihanna cuando estaba con Elle. No sabía qué me ocurría con las dos, pero me dejaban un poco locos mis pensamientos.

Había pasado un día increíble con él y de sexo perfecto. Dormiría solo, recargaría pilas y al día siguiente estaría con Rihanna entre mis sábanas.

Si es que no podía estar mejor.

Y, sin embargo, yo sentía un lío tremendo en la mente por culpa de esas dos que no lograba entender.

Apagué todas las luces, me acosté y cerré los ojos. No iba a pensar más en el tema. Ni en una ni en otra. Disfrutaba de cada una cuando la tenía, no debería de darle rienda suelta a mi mente para nada más.

Ahora estaba solo, necesitaba dormir y no tenerlas pululando por mi mente. Suspiré. Si es que ni yo mismo me entendía...

Capítulo 9

Les di el día libre a María y su marido, se iban a ir a pasar el día a Malé, volverían al día siguiente, allí tenían a una hija trabajando por eso aceptaron el trabajo y venirse a las Maldivas.

Me habían dejado el desayuno puesto en la playa antes de marcharse, yo ya estaba sentado ahí cuando me lo trajo ella, con una sonrisa feliz por irse a ver a su hija.

—Pasarlo en grande y no os preocupéis por la hora de llegar mañana.

—Gracias señor, en el frigorífico le deje comida preparada, solo para calentar, una sopa de marisco, un revuelto de setas y una carne en tomate.

—Muchas gracias, marcha tranquila, ya sabes que no tienes que preocuparte, esta isla está llena de restaurantes — le guiñé el ojo.

Se despidió y me dejó ahí, frente al mar, más tarde llegaría Rihanna, estaba dispuesto a darle esos momentos que esperaba, yo también estaba deseoso de comenzarlos, pero a mi mente me venía continuamente la dulce Elle.

Estaba viviendo de nuevo el verano que siempre soñaba antes de llegar, siempre terminaban siendo un hervidero de sensaciones, pero este era extraño, a pesar del comienzo con las Paris, estaba navegando entre la fogosidad de Rihanna y el encanto de Elle, las dos me arrastraban a ellas de igual modo, estaba navegando entre dos mujeres.

El timbre de la casa sonó un rato después, podía escucharse desde lo lejos, tenía el mando electrónico que abría la cancela principal, sabía que era ella, así que pulsé el botón para que entrara, a la vez que iba caminando a recibirla.

Ahí estaba ella, tan sensual y sonriente como siempre, con esa elegancia que solo ella podía derrochar, con una camiseta de tirantes a modo traje y unas sandalias de dedo con un poco de tacón, su gran bolsa de playa, pero de marca, como no, con el letrero en grande, para no pasar desapercibida.

Llegué hasta ella y la agarré por la cintura, la besé con pasión, ya me estaba poniendo malo solo de rozarla.

—¿Playa? ¿Piscina? ¿Casa? —pregunté a modo sugerente.

—En todos lados —bromeó.

—Sus deseos son órdenes para mí —dije dándole una palmada en el culo y la agarré para que me siguiera hasta la playa, donde estaba hasta que ella llegara.

Antes de sentarme entré a la barra que tenía en un lado, serví dos cervezas y me senté junto a ella.

—Qué maravilla de mujer —dije dándole el vaso.

—No lo sabes tú bien —me hizo un guiño y cogió mi mano.

—Quiero saberlo —dije acercándome a su oído.

—Soy toda tuya hoy, así que en ti está hacer lo que quieras...

—Me parece una idea genial —mordisqueé su labio inferior.

Brindamos con la cerveza y un silencio se metió entre nosotros.

Rihanna se quitó la camiseta y se quedó con un bikini rosa que le quedaba de muerte, podían notarse sus pezones queriendo salir y eso me estaba poniendo muy malo.

Mis manos fueron directos a su espalda y la desabroché para dejar sus pecho al aire libre, luego deje es parte sobre la mesa.

—Así mejor —dije mirándolos y dando un sorbo al vaso, luego lo puse en la arena y la hice sentarse a ella en la mesa, yo me quedé abajo sentado en frente teniendo mi cabeza a la altura perfecta.

Sus piernas quedaron abiertas y yo en el centro, provocándome una erección importante.

Esbozo una sonrisa, estaba como y donde quería en esos momentos.

Se acabaron las cervezas, dije de repente, levantándome y retirándolas, dirigiéndome a la barra y preparando un cubilete lleno de hielo con una botella de vino, mirando hacia ella que me observaba extrañada y sin moverse de donde la dejé.

Cogí dos copas y fui hacia la mesa, la puse en un lado, las llené y puse de nuevo la botella dentro, no sin antes de sentarme en el mismo sitio, cogiera un hielo entre mis dedos.

—Ah no —dijo ella casi sin tiempo cuando yo lo había puesto entre sus labios, sin soltarlo de mis dedos.

—Schhh....

—Comencé a bajarlo suavemente por su cuello, sus pezones parecían que iban a estallar y ella abrió más las piernas y con sus manos apoyadas sobre la mesa echó su cabeza hacia atrás.

Comencé a pasarlo por todo su pecho, a jugar con ellos, provocándole una

sensación de locura total, iba mojando el hielo sobre mi copa para que se pusiera totalmente deslizante.

Con una mano quité las dos moñas laterales que sujetaban la parte baja de su bikini, para dejarla totalmente expuesta ante mí.

Bajé la mano con el hielo y comencé a flotarlo contra su clítoris, chillaba y gemía por la sensación fuerte del frío y por la excitación que le estaba produciendo.

Pellizqué fuertemente sus pechos, con la otra mano, hasta verla causarle más estremecimiento.

—¿Paro? —pregunté antes de seguir con ese juego que ella sola había pedido entrar.

—No —dijo casi sin fuerzas.

Seguí recorriendo con el hielo su clítoris y poco a poco fui bajándolo hasta llegar a su orificio de atrás, con la otra mano hice que callera completamente sobre la mesa, sus piernas estaban a cada lado de mi asiento, comencé a acariciar su entrada trasera con el hielo, consiguiendo mojar su parte interior.

Estaba dispuesto a llegar a todo y si ella me dejaba la arrastraría hasta el final, solo tenía que decirme para, de lo contrario seguiría sin medir los límites.

El hielo seguía recorriendo sus partes de arriba hasta abajo, lo volvía a llevar a su pecho, a la vez que mis dedos servían de pinzas para pellizcar sus pezones cada vez más fuertemente.

—Fóllame —gritó desesperada.

—Schhh, queda mucho para eso —dije volviendo a echarla para atrás.

—Introduje dos dedos, quería notar el frescor que le había dejado, rebujado con ese líquido que emanaba del calentón que estaba sintiendo.

—¡¡¡Kevin!!! —gritó casi sin fuerzas pidiendo más.

—Si quieres voy a tu ritmo —dije excitado dándole la oportunidad de frenar todo lo que pensaba hacer.

—No —esbozó sin fuerzas— puedo con todo —su voz radiaba excitación y locura.

—Está bien, incorpórate —dije tirando el resto del hielo al suelo, en el cubilete había mucho más —Metete dos dedos.

La observaba en primera fila, a modo zoom, frente a mí, viendo cómo me complacía y como se complacía llevando sus dedos al interior.

Mientras la observaba me quité la camiseta y el bañador, quedando como ella, desnudos frente al mar y con un juego que comenzaba a ponerse de lo más excitante.

—Ven —dije enseñándole mi miembro —salúdalo.

Se bajó de la mesa y se puso de cuclillas en la arena, frente a mí, dispuesta a darme todo lo que me pidiera.

Se la mete en su boca y comienza a chupar desde la punta, yo suelto un jadeo que la hace acelerar más su movimiento.

—Basta —no quería en esos momentos que la cosa fuera a más había mucho juego aún.

La ayudé a levantarse y yo también me puse de pie, la beso y mordisqueo el cuello, mientras ella ladea la cabeza para facilitarme todo.

La jalo hasta la parte exterior de la barra y la pongo mirando a ella, yo entro dentro y cojo algo que tenía guardado y preparado.

La altura era perfecta así que hago que caiga sobre ella bocabajo la mitad de su cuerpo, separo sus piernas apoyadas en la arena y dejo perfectamente levantado su culo, dejando los dos orificios abiertos para mí.

Abro la caja con las cosas que contenía y me pongo en un lado de mi mano un pegote de cada uno de los geles, uno frío y otro calor.

Con la otra mano humedezco mis dedos, en el de calor y empiezo a extenderlo por el exterior de sus orificios, introduciendo poco a poco el gel hasta el interior, Rihanna gemía y esbozada presión mientras yo iba un poco más allá por ambos lados.

—¿Paro? —pregunté con una sonrisa maléfica.

—Nooo —dijo con voz desgastada —quiero todo —no podía pronunciar palabra.

Saqué un aparato alargado grueso, flexible a movimiento y cavidad, le puse un poco del gel frío y comencé a acariciar su ano, haciéndola gemir más aún, mientras jugaba a conseguir meterlo dentro.

Poco a poco, mientras con la otra mano acariciaba su clítoris e introducía algún dedo para llevarla a lo más alto del placer y conseguir introducir ese objeto por completo por atrás.

Y lo hice, ya solo eran movimientos interiores, gemidos a gritos de ella y sentir que la estaba llevando a poder disfrutar a tope de las sensaciones varias que aportaba ese juego.

Metí tres dedos en su interior y la hice chillar más aún, quería llegar al

orgasmo y ahí la llevé, sería el primero de los que tendría este día.

Se quedó tendida en la barra, bocabajo sin moverse, reponiendo las fuerzas, el juego no había acabado más que empezar y a mi me estaba gustando mucho.

Comencé a besar su espalda mientras apretaba sus glúteos con mis manos.

—Necesito coger aire —dijo riendo— necesito un cigarro.

La giré y la besé en los labios sonriendo, la llevé de la mano a las hamacas de la piscina, donde le puse el vino, el tabaco y el cenicero, me tumbé junto a ella, bocarriba, aquello era gigante y sería nuestro siguiente rincón.

Encendimos un cigarro, no la dejé vestirse, la ropa sobraba en esos momentos, estábamos copa en mano y mirando al cielo, sonriendo por esa primera parte.

—Estoy temblando aún...

—Pues te queda mucho aún —solté una risa.

Puso el cigarro sobre el cenicero y se lanzó directamente a mi miembro agarrándolo con la mano.

—Ahora te toca a ti.

Dicho y ya la tenía en su garganta, moviéndola y bruscamente, mordisqueándola y consiguiendo sacar unos gemidos de mi que parecía que iban a acabar conmigo, aquello era un festín para mi cuerpo, mientras se rozaba sus partes con mi rodilla, algo me decía que tenía mucho aguante y yo la iba a llevar al límite.

Me contraje cuando llegué al orgasmo, ese que ella no tuvo pudor en refregar por todo su cuerpo, terminé el cigarro que habíamos dejado y la cogí para meternos bajo la ducha, había que volver a empezar en cualquier momento.

Se puso la camiseta, sin nada debajo, yo me puse el bañador, entramos a la cocina a coger algo de aperitivo, ella estaba muy buscona, me di cuenta cuando miró un pepino que había en la cesta de la verdura y comenzó a reír.

—Está bien, siéntate ahí —dije señalándole a la mesa.

—Dirás en la silla —sonrió.

—No, en la mesa, en el borde, abre las piernas —fui hasta el pepino y lo metí bajo el agua del grifo.

—Pero ahora tocaba comer algo ¿No? —puso los ojos en blanco.

—Claro y eso vamos a hacer —le señales con la mano las piernas para

que las abriera más mientras yo me acercaba a ella.

—Kevin...

—Abre —dije agachándome un poco para abrirle los labios.

—¡Quiero comer! —protestó sacando la lengua.

—Vas a comer —dije metiéndolo hasta el fondo provocándole un gemido, a la vez que me incorporaba y apretaba sus pezones por debajo de la camiseta.

—Ufff de esta no me recupero...

—No te quejes —le hice un guiño y di un manotazo en su cadera mientras sonreía —no te muevas, voy a sacar algo de picar, ve tocando el clítoris —dije alejándome.

—Ah no, necesito un rato —dijo con voz floja —vengo de uno intenso.

—Tócate —dije a modo exigente.

Y lo hizo mientras yo colocaba algunas cosas sobre la gran mesa, a un lado de ella. Estaba excitada y persiguiéndome con la mirada.

—Mueve lo que tiene dentro con la otra mano —dije señalándola con el plato.

—Kevin...

—Dale, no pares, no hables, solo te quiero escuchar gemir...

—Pero...

—Pero no me hagas ponerte otro por el otro orificio —dije guiñándole el ojo.

Y así fue como chilló y llegó al orgasmo, cayendo hacia atrás y resoplando, sin fuerzas, por ese momento que ella mismo se había vuelto a dar.

Le abrí las piernas y se lo saqué, lo volví a enjuagar y lo dejé en un lado, quizás me volvía a hacer falta.

Se quedó sentada en la mesa, probando todo lo que le iba poniendo y mirándome, sonriendo mientras negaba con la cabeza.

—Cuando termine con todo esto, me voy a dormir un rato a la tumbona —dijo agotada.

—Cuando terminemos esto, nos vamos a la cama balinesa y tomamos un café con un postre que he preparado.

—¡Qué rico! —dijo inocentemente.

—Riquísimo —puse gesto de que se iba a enterar.

—Kevin...

—Rihanna...

—¿Ni una pausa?

—No la necesitas —me encogí de hombros.

—Sí ¿Cómo qué no? —dijo devorando los palitos de surimis.

—Bueno, cuando quiera solo me tienes que frenar...

—No lo haré así reviente —dijo soltando una carcajada.

Terminamos de comer y la mandé a la hamaca, yo iba a llevar los cafés y el postre.

Preparé una bandeja, dos tazas con el café un bote de nata, uno frasco con canela molida y una caja con lo que necesitaba dentro y salí hacia donde estaba ella, que me miró intuyendo mis intenciones.

Tomamos el café con otro cigarro y la tiré hacia atrás, quitándole la camiseta y dejándola desnuda de nuevo ante mí.

—Kevin, después de esto me voy a tener que meter en mi cama a recuperarme otra semana.

—Pues mira, no estaría mal, abre las piernas anda —dije poniéndosela encogidas y bien separadas.

—Kevin...

—Calla —abrí el bote de nata y comencé a echar por su miembro, un poco dentro, por su barriga, pecho, cuello.

Luego le puse canela por encima, ella se movía por la sensación, volviéndose a contraer y yo obligándola a no cerrar las piernas, me ponía a mil tenerla totalmente abierta.

Saqué otro juguete de la caja, le puse un poco de gel y se lo metí por atrás dejándolo bien colocado, ella se quejó por un momento, pero luego se volvió a relajar, por decirlo de algún modo.

Saqué una corbata y se la puse liada sobre sus ojos.

—Kevin...

—Para, relájate —dije volviendo a poyar su cabeza con los ojos completamente tapado.

Puse primero en un pecho una pinza de presión.

—Ahhh —gritó.

—¿Lo aguantas o te lo quito?

Afirmo con su cabeza en señal que lo aguantaba, puse el otro que no se lo esperaba y dio un brinco.

Cogí sus manos y la até con otra corbata a la cama balinesa, lo mismo que sus piernas, cada tobillo atado también a una esquina de ella.

Comencé a lamer cada parte donde había rociado la nata, a saborearla

comerla, y apretar los fijadores del pecho, ella chillaba, gemía y provocaba en mí esa parte de someterla mientras bajaba a su parte y lo mordía, lo acariciaba con mis dedos, se los metía, jugaba con su clítoris, movía a la vez el juguete que tenía metido atrás, hasta que chilló pidiendo piedad, llegando al más grande de sus orgasmos, donde le quite todo y no le dejé moverse, la embestí con todas mis fuerzas, mientras ella mordía uno de los cojines en la que apoyaba su cabeza, sin poder más, pidiendo clemencia, agotada por donde había conseguido llevarla.

Después de la cena y un último juego se fue, me quede tumbado en el sofá sonriendo por haberme permitido disfrutar de aquella manera, pero me vino a la mente Elle, con ella no sé si me hubiera atrevido tanto en tan poco tiempo, la miraba con otros ojos, con deseos también, pero era diferente...

Capítulo 10

Me levanté temprano esa mañana y tras una ducha rápida, me vestí y salí con dirección al Resort para desayunar. Ese día tenía mucha hambre, estaba famélico.

Entré en el restaurante sumido en mis pensamientos y ni cuenta me di de que venía alguien de frente.

—Lo siento —dije al chocarme.

—Joder, Kevin, ¿aún no te quitaste las legañas? —rió una voz que conocía bien.

—Hola, Brian —sonreí—. Venía pensando...

—No pienses tanto, no es bueno. Mejor siéntate, ya te llevo yo el café a ti también —señaló hacia donde estaban todos los demás y los saludé con la mano.

—¿Hoy haces de camarero? —reí.

—Hoy y siempre. Liliana no es que tenga mucha paciencia con el primer café de la mañana... —puso los ojos en blanco.

Le palmeé la espalda y fui con los demás mientras dejaba que el pobre fuera a pedir el café a la barra. Mejor que se lo sirvieran rápido conociendo el carácter explosivo de una de esas tres.

—Buenos días —saludé antes de sentarme—. Me muero de hambre hoy.

—Y a este paso nos moriremos todos, no sé qué pasa hoy, pero qué lento está el servicio —gruñó Liliana.

—¿Lleváis mucho esperando? —pregunté.

—Un montón —dijo ella, desesperada.

—Qué raro... —la verdad era que me extrañaba, eran súper eficientes en ese lugar.

—Como unos treinta segundos más de lo que llevas tú en el lugar —dijo Enzo serio y lo miré con los ojos abiertos.

—Demasiado —gruñó Lili.

Las otras chicas asintieron con la cabeza y John puso los ojos en blanco. Yo preferí hacer lo que hacían ellos, mantenerme en silencio hasta que la fiera comiera.

—¿Y los niños? —pregunté.

—Se quedaron en casa, querían dormir un poco más —dijo Emma.

—Chicos listos —sonreí.

—Listos no sé, pero vagos son un rato —rio ella, haciéndonos reír a todos.

Llegó el camarero y pedimos el desayuno. Brian llegó con el café para Liliana y me puso el mío delante, lo cual le agradecí, porque yo era un poco como ella, hasta que no me lo tomaba, como que no terminaba de despertarme.

—¿Qué hay nuevo, Kevin? —preguntó Enzo.

—La verdad es que nada, estoy descansando de lo lindo.

—¿Desde cuándo se le llama descansar? —rio John, yéndose por donde no era.

—Pues yo termino siempre muy relajada —lo cortó su esposa.

—Alba, no le interesa eso —le riñó él.

—Si tú eres un bocazas, ¿cómo no voy a convertirme yo en otra?

Empezó el tiro de puyas entre unos y otros, ellos defendiéndose entre ellos y ellas por otro lado. Eso sí, entre risas, como siempre. Me hicieron reír, cómo no.

—Yo sigo pensando que estás muy serio.

Miré a Brian antes de contestarle.

—Que no estoy serio —le aseguré.

—En realidad sí lo estás —dijo Enzo.

—Sí... —John me miró intensamente antes de responder.

—Que no... —suspiré— Estoy bien.

—Si bien estás —dijo Alba ganándose una mala mirada de su marido, de broma, por el doble sentido—, pero es verdad, ¿qué te ronda por la mente?

—¿A vosotros se os pega algo por vivir en la misma casa y respirar el mismo aire? —pregunté.

—A ellas sí, la mala leche —rio Brian.

—¿Tienes alguna queja tú? —preguntó Liliana con retintín, aunque se le veía la diversión en la mirada.

—Ninguna —negó el otro rápidamente antes de darle un beso.

Me reí y esa vez sí a carcajadas, madre del amor hermoso, qué personajes.

—Hola...

Me quedé absolutamente de piedra, se me cortó la risa cuando la oí a mi espalda. Me giré a mirar y ahí estaba ella. Preciosa, además. Como siempre...

—Elle...

—Hola —repitió tímidamente.

—Hola —me levanté y le di un beso en la mejilla—. ¿Qué haces aquí?

—Me dio curiosidad saber dónde desayunas, pensé que quizás no sería mala idea buscarte aquí. Pero si estás ocupado...

—¿Qué? ¡No! Nunca estoy ocupado para ti. ¿Un café?

—Por favor...

Escuché carraspear a alguna de las chicas y las miré.

—Chicos, ella es Elle, una amiga. Elle, Enzo, Emma, Brian, Liliana, John y Alba —les presenté a todos y ella saludó a cada uno con una sonrisa.

—Así que Elle... —dijo Emma, enigmáticamente.

La miramos, pero se calló y sonrió. Le ofrecí asiento a Elle y me senté a su lado. El camarero trajo lo que habíamos pedido y tomó nota para ella. Todos se mantenían en silencio y Elle estaba un poco cortada, pero sabía que se le pasaría, yo sabía cómo era y seguro que hacía buenas migas con las chicas rápidamente.

—Bueno, Elle, pues cuéntanos de ti —sonrió Alba.

Y lo hizo. No demasiado, a ella no le gustaba sentirse el centro de atención, pero lo suficiente para que los demás tuvieran una idea de cómo era ella.

—Kevin y yo nos hemos visto estos días y me comentó sobre este lugar. Hoy decidí venir a ver si lo veía para desayunar con él. No quería interrumpir...

—No interrumpes nada —aseguró Emma—. Por nosotros puedes venir cada día.

—Pues sí, en realidad somos nosotros quienes casi lo secuestramos a diario en este lugar —rio Brian.

—Con pasamontañas y pistola, te lo juro —dije bromeando—. A este paso no me dejan irme de la isla.

—No, soltero no —rio Emma, aún con sus comentarios enigmáticos.

—Que dios te pille confesado entonces —dijo Enzo.

Y me quedé de nuevo sin entenderlos, pero parecía ser que los otros sí lo hacían.

—¿Qué planes tienes hoy? —le pregunté a Elle.

—Tengo que hacer algunas compras...

—¿Te acompaño?

—¿A hacer unas compras? Te vas a aburrir —rio.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer —y la verdad era que ya me imaginaba haciéndola mía en uno de esos pequeños probadores de alguna

tienda de ropa. Y si no iba a comprar ropa, pues ya haría yo que entrara a comprar algo, las mujeres nunca se negaban a ello.

—¿Y nuestros planes para hoy?

Joder, me levanté de un bote, golpeándome la rodilla con la mesa, no tiré todo de milagro.

—Mierda... —gemí. Pero es que me había dado un susto increíble, no la esperaba. Aunque menos esperaba a Elle y me la encontré allí, lo más normal era que Rihanna, siendo la hija del dueño, estuviera. Pues no, mi cabeza, en el momento de ver a Elle allí, ni siquiera imaginó que las dos pudieran verse. Algo que tampoco hubiera sido un problema porque yo no le debía explicaciones a ninguna ni tenían que saber la una de la otra, pero Rihanna no actuó como debía, es decir, como una mujer en condiciones.

—Cariño... —sonrió.

¿Cariño? ¿Desde cuándo me llamaba cariño? Carraspeé y miré a Elle, quien se había quedado seria y miraba a Rihanna con curiosidad.

—Rihanna...

Alguien carraspeó por detrás y sabía que todos imaginaban y estaban pendientes a lo que ocurriría, pero nada debía de pasar, las dos eran amigas, no habría mayor problema.

O eso pensé yo hasta que Rihanna se adelantó un poco y me besó. En los labios. Como se besa a un amante...

Iba a cagarme en mi estampa. ¡Joder!

—Buenos días, chicos —saludó a todos los demás.

—Buenos días... —dijeron escuetamente.

—¿Y tú eres? —preguntó mirando a Elle.

—Nadie —dijo ella muy seria. Se levantó de la mesa y miró a los demás

—. Tengo cosas que hacer... Ha sido un placer conocerlos a todos.

—¿Dónde vas? —intenté cogerla por el brazo, pero ella se soltó.

—Que tengas un buen día, Kevin.

Se fue y fui a seguirla cuando Rihanna me cortó el paso, agarrando mi brazo.

—¿Adónde vas tú?

—Rihanna... Hablamos en otro momento —le dije tenso, no iba a decirle allí las cuatro cosas que estaba pensando.

—No, hablamos ahora.

—Que me dejes, joder —le dije ya de mala manera, soltándome de su

agarre y siguiendo a Elle, quien ya había salido de allí. Imaginé que dirección al muelle para coger una barca.

Cuando llegué, ya ella estaba montada en una para irse a su isla.

—Elle, ¡espera! —grité.

Y maldije mil veces cuando la vi allí sentada, llorando. Joder, iba a matar a alguien. Ya no pude alcanzarla.

—¡Mierda! —grité de nuevo y me puse en cuclillas, pasando las manos por mi pelo, frustrado.

—¿Quién era esa?

Resoplé, intentando calmarme antes de que me hiciera perder la paciencia. Porque ya estaba en camino de conseguirlo. Me levanté y la vi allí, detrás de mí, con los brazos cruzados y una expresión en la cara que no me gustaba nada.

Las chicas aparecieron unos segundos después e intentaron moverla, diciéndole que mejor se sentara a desayunar, pero no, ella seguía en ese plan. Enzo, Brian y John también llegaron y me miraron negando con la cabeza, como diciéndome que mejor la ignorara.

Fui a hacerlo, me callé y me fui a marchar, cuando ella habló de nuevo.

—Que quién era esa.

No sabía en ese momento si me molestaba más que se atreviera a pedirme algún tipo de explicación o que lo hiciera en ese tono de: tengo todo el derecho a hacerlo.

La miré intentando contener mi rabia. Todo habría sido mejor si se hubiera quedado calladita y dentro del restaurante, incluso quizás no me hubiera hecho enfadar...

—¿Y desde cuándo tienes tú derecho a pedirme explicaciones a mí? —le pregunté tranquilamente.

—¿Te recuerdo lo que ha ocurrido entre nosotros?

No, joder, por ahí no. No pensaba que ella fuera de esas. Si era así, me había equivocado por completo.

—Rihanna. Mejor habláis en otro momento... —intentó interceder Emma, pero ella siguió erre que erre.

—Kevin...

—Rihanna. Entre nosotros pasó lo que pasó y no por ello te voy a dar explicaciones sobre mi vida ni, mucho menos voy a permitir que tú te creas con el derecho de poder pedírmelas.

—Pero...

—Pero nada, creí que las cosas estaban claras. Primera y última vez que haces algo así.

Miré sus ojos y vi la rabia en ellos, pero sabía que tenía razón. Y ella no iba a armar un espectáculo, no más de lo que ya había hecho. Se le había ido un poco la cabeza, celos suponía, pero no iba a rebajarse tanto, o eso esperaba.

Me miró y se dio la vuelta para marcharse.

—Lo siento —dijo Alba, quizás por no haber podido pararla.

Negué con la cabeza, no era necesario. Los miré a todos y suspiré.

—Necesito irme a casa...

Lo entendieron. Me despedí de todos y me marché a casa. Joder, el día había empezado mierda. Estaba muy enfadado, ya no porque Rihanna me hubiera besado delante de Elle o de los demás, sino porque lo hubiera hecho como para marcar territorio.

Es que aún no podía creérmelo.

Llegué a casa y me senté en mi sillón, mejor me tomaba una copa en paz mientras el enfado se me iba del cuerpo. Menos mal que había mantenido la calma, porque a punto estuve de perderla cuando vi a Elle llorando.

Joder. Esa imagen se me había quedado en la mente. Eso y el nadie que había dicho que era. Ella no podía decir que para mí era nadie, ¿no?

Me sentía mal, por ella, por mí y por todos. ¿Y ahora qué se suponía que debía hacer? Tenía que ir a buscarla y disculparme, pero... ¿Qué le diría?

Si ni siquiera sabía qué era lo que realmente me estaba pasando, ¿cómo decirlo también con palabras?

Me bebí el vermut de un trago. Solo esperaba poder pensar con claridad pronto.

Me pasé el día en casa como loco, nervioso, dándome con la mano en la frente, sintiéndome idiota ¿Qué había hecho?

Capítulo 11

Desperté mal...

Me fui a desayunar, al resort estaba claro que no, pero tenía que salir de casa, aunque tuviera unos miles de metros privado para mí, me asfixiaba.

Fui a una playa chiquitita que había un chiringuito muy acogedor, me senté allí y pedí el desayuno, justo cuando sonó el teléfono y era Enzo preguntándome donde estaba, le comenté y diez minutos después allí estaban los seis, sentándose conmigo y dándome abrazos.

—Cuéntanos que te pasa, queremos ayudarte —dijo Alba poniendo su mano en mi espalda y acariciándome.

—Soy un gilipollas...

—¿Por qué? No digas eso —dijo Emma.

—A ver ¿Te has enamorado?

—No creo que sea amor, pero me dolió ver a Elle irse llorando, ver aquello, me he acostado dos veces esta semana con ella.

—Dios, que calladito te lo tenías hermano —dijo John soltando una carcajada.

—Ya...

—Bueno ese no es el tema, además creo que lo que tu sientes se llama amor —dijo Lili — ¿Dónde está ella?

—En la isla de Maafushi, diez minutos en lancha.

—Sí, sabemos cuál es —dijo Brian.

—Pues nos vamos a buscarla —respondió Enzo.

—¡¡¡Sí!!! —exclamo sonriendo Alba.

—No, me va a dar dos patadas en el culo.

—El no ya lo tienes, pero podemos convencerla entre todos de que Rihanna no es nada para ti ¿Cierto?

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? —preguntó Lili.

—Me cae bien, nos hemos enrollado, me he sentido augusto, pero me gusta más Elle.

—¿Entonces? Debes aclararte antes de liarle más —dijo Brian.

—No, a ver, no me importa Rihanna, me importa Elle, es por la que estoy así. Pero también reconozco que me da pena terminar de esta manera con Rihanna, pero tuvo mucha maldad.

—Desayunamos y nos vamos a buscarla, no hay más que hablar —Alba lo tenía claro.

—No sé...

—Yo sí —insistió.

—Hagamos una cosa, vamos a la isla a comer, vemos si la vemos...

—Ver la veremos sé donde está y donde se mueve —irrumpió.

—Vamos a ver como reacciona al vernos, vamos a intentarlo —siguió Alba insistiendo.

—Pero si a nosotros no nos conoce más que ese desencuentro de ayer —dijo Brian.

—Bueno, pero somos buena gente y no tenemos culpa de lo que hizo Rihanna —Alba estaba dejándose la piel por ayudarme —le explicamos un poco quienes somos y le pedimos disculpas y ayudamos a que ese mal entendido se solucione, además, ellos no tenían nada formal, tampoco es para que esté montando en cólera toda su vida.

Yo los escuchaba y por un lado me daban ganas de salir con ellos pitando hacia la isla, en el fondo me sentía arropado por ese grupo, me caían genial, pero por otro ¿Qué le diría? ¿Me escucharía? ¿Me odiaría? Muchas preguntas bombardeaban mi cabeza y lo peor de todo era que algo me decía que quería estar con ella, abrazarla, besarla, tenerla a mi lado...

No tenía nada que perder, eso era cierto, ya lo tenía todo perdido con ella, así que podía ser buena idea intentar recuperar algo.

—Sí, vamos a ir...

—Así me gusta —sonrió John.

—¡¡¡Sí!!! —gritó Alba y las dos otras gritaron sincronizadamente.

—No sé si es buena idea, pero no tengo nada que perder, más es imposible.

—Pues por eso, tu ve en plan torero —dijo Alba.

—¿Torero?

—Sí, con dos cojones —soltó una carcajada y todos rompimos a reír.

—Pero una cosa chicas, no vale liarla —dijo seriamente John.

—Mira quién fue a hablar —soltó Emma poniendo ojos en blanco.

Terminamos de desayunar y fuimos para el muelle a que nos trasladaran a

Maafushi.

Capítulo 12

En la isla de Maafushi, temblando nada más pisarla, aguantando la risa de las tres petardas y sus marido, yo resoplando por los nervios contraídos en la barriga.

Nos fuimos andando a la zona de su hotel, las chicas iban cantando la canción del anillo de Jennifer López, no había visto una canción más hortera en mi vida, pero el mensaje iba directo a mi yugular.

Paramos en la puerta del hotel y resoplé, bueno era un hospedaje hippie, como todo lo que había en esa isla, pero una preciosidad de isla, sin duda, diferente a la que estábamos que era todo muy cuidado y exclusivo, pero esta tenía ese punto de turismo mochilero y colores que la hacía muy especial.

—Ahora vengo —dijo Alba saliendo, corriendo a recepción.

Me puse las manos en la cabeza y negué con la cabeza, me iba a desmayar.

—Está como una cabra, pero sabe lo que hace —dijo Emma.

No me lo podía creer, no había dado tiempo a nada y ya había tomado las riendas Alba, miedo me daba, pero por otro lado estaba en un punto que quería saber que pasaría y que saliera el sol por donde le diera la gana, peor era el estar de brazos cruzados.

Unos minutos después salió.

—No está en el hotel, salió hace un rato, cree el chico que está en el Buba beach, es un hotel pequeño y creo que está seguro de que podemos encontrarla allí.

—Pues vamos —dijo Lili.

—Por ahí no —dije señalando a la otra calle que llevaba a ese lado de la playa.

Dos minutos y ahí estábamos, Elle la vi rápidamente, estaba sentada en un columpio bajo una palmera, con un vaso en la mano, mirando al mar, se le notaba triste.

No nos dio tiempo a nada cuando nos vio, se quedó blanca, fuimos todos andando hacia ella y la rodeamos en el columpio, ni nos saludó, yo frente a ella.

—Hola, Elle, venimos a hablar contigo —dijo Alba para arrancar esa

conversación.

—Hola —dijo con voz tímida.

—¿Puedes venir con nosotros ahí? —Señalé una mesa de madera grande que había sobre la arena.

No contestó, se levantó del columpio y se vino con nosotros.

—Quiero hablar, me gustaría que me escucharas y luego determines lo que quieras, pero que me dejes hablar.

—Y a nosotras —dijo Alba y todos negamos con la cabeza en señal de que se debía callar.

Nos sentamos en la mesa y vi como John le decía algo a Alba antes de que se sentaran, seguramente la estaba advirtiéndole de que me dejara hablar y no irrumpiera.

—Elle, ellos son mis amigos que conocí en la isla, como a Rihanna, pero ella no es la amistad que tengo con ellos, es verdad que me acosté con ella, no lo voy a negar, pero yo era libre, no le di ningún tipo de esperanza y lo de ayer...

—Lo de ayer fue una cabronada por su parte —irrumpió Lili y las niñas afirmaban con la cabeza.

—Dejarlo hablar —dijo Enzo.

—Pues eso, pero que entiendo que te sintieras así.

—Me dolió que no me contaras que estabas con alguien, para mi no eras un juego —dijo comenzando a llorar y Emma le acarició el hombro consolándola.

—Lo sé, sé cómo eres...

—Ya sabes que entre nosotros hubo más veces en Londres y Camboya, que no había compromiso, pero ver que dos días antes estuviste conmigo y ayer aparece ella como tu novia de toda la vida, me hizo sentir una mierda.

—Lo sé — puse la mano sobre su rodilla.

—Eres mi amigo, no te preocupes, aceptaré lo que hagas eres libre, hoy pensaba ir a buscarte y pedirte disculpas —dijo llorando desconsolada.

—Qué mona —dijo Lili levantándose a abrazarla —Eres un amor —la beso en la mejilla mientras la achuchaba.

—¿¿¿Qué haces aquí Kevin??? —antes de girarme sabía quien era, el karma se estaba pasando conmigo, ahí estaban las gemelas, vestidas iguales con dos camisetas amarillas por las caderas y un coctel en sus manos.

La cara de los chicos era blanca, lo que me faltaba en ese momento...

—A ver a una amiga —sonreí pasando de ellas para que siguieran de largo.

—Pues acuérdate de estas dos amigas que estamos deseando repetir el trio —dijo Carla y las dos comenzaron a reírse mientras se alejaban.

—¿Serán hijas de puta? —dijo Alba.

La cara de Elle era de tierra trágame y este no hay por donde cogerlo, negaba con la cabeza y se mordía el labio de impotencia.

—Esta bien, me acosté con las dos unos días antes que cuando te vi...

—Te has tirado a media isla ¿No? —preguntó casi sin fuerzas.

—No, a media isla no, porque nosotras somos una cuarta parte de ella y no hemos pasado por su piedra —bromeó Lili, sacándonos a todos una sonrisa incluida a Elle.

—No me he acostado este año con nadie más...

—¿Este año? —preguntó Elle intentando reír.

—Sí, el año pasado no entra en esto —dije poniendo cara de tristeza.

—Soy tu amiga y lo seguiré siendo —acarició mi antebrazo.

—Pero el quiere algo más —dijo Alba como si no quisiera la cosa.

—Ya poco... pasado mañana vuelvo a Camboya —sonrió tímidamente.

—¿¿¿Te vas??? —preguntó Emma.

—Sí.

—Ah no, aquí hay que hacer algo, que me veo organizando un viaje a Camboya para ir a que este se case contigo. Ya lo tuve que hacer con Cuba y España por culpa de estas dos.

Soltamos una carcajada.

—Tranquilos, me iré sin rencor ni malos rollos...

—Pero no, no te vas a ir, ya nos encargamos nosotras de que así sea —dijo Alba.

—¡¡¡Tengo que trabajar!!! Hasta septiembre que vuelvo a Londres —dijo sonriendo con su timidez.

—Ah no, te vienes a la isla con nosotros, llamas al trabajo y dices que te despides ya, que te acompañe Kevin a Camboya, te traes tus cosas y cuando todos regresemos, tú lo haces también para Londres con él —dijo Lili organizando todo.

—¿Cómo me voy a meter en su casa y dejar el trabajo? —rio.

—En mi casa te puedes meter que yo estaré encantado y lo pasaras genial con todos en estas vacaciones y con el trabajo podemos hablar para que te den

este tiempo de alguna forma y ya te incorporas en Londres —dije casi rogándole, no quería ni imaginar que se fuera.

—¿¿¿Ya pensaste el día??? —otra vez las puñeteras Paris que ahora iban para el otro lado.

—Estamos organizando una quemada de brujas —gritó Alba —tenéis todas las papeletas —dijo tan chula y nos reímos todos.

Sacaron el dedo, típico gesto vulgar que no iba con la imagen que tenían que dar, pero eran dos cabezas de coco, pero sin agua, porque no creo ni que le regara bien el cerebro.

—Mis amigas se van hoy, ya me despedí de ellas, pero no pude adelantar mi vuelo, puedo irme con ustedes hasta pasado mañana —dijo con voz triste, intentando de no hablar de lo nuevo sucedido con las Paris.

—Vente para La isla de los sueños, te quedas en mi casa y hablamos de todo ¿Te parece?

Asintió con la cabeza.

—Cari, esto pinta que la familia crece —dijo Lili frotándose las manos.

Nos reímos todos, se le había entendido perfectamente, pero Elle pensaba que no lo había hecho, eso me causo más gracia.

Fue al hotel a por las cosas y regresamos a nuestra isla todos.

Comimos en un lugar chulísimo, no sin antes dejar las cosas, nos invitaron esa noche a ir a una fiesta en aquel lugar y todos aceptamos, a Elle también le apetecía.

Estaba cabizbaja cuando volvimos a ducharnos y prepararnos para la fiesta, yo intentaba animarla, pero no quería agobiarla más.

Cuando llegamos esa noche a la fiesta, ya mis amigos estaban allí. Los tres juntos, con una copa en la mano, mirando alrededor.

—Ya las perdieron —me reí tras decirle eso en el oído a Elle.

Íbamos agarrados de la mano, con ganas de disfrutar de la fiesta.

Nos acercamos a ellos y los saludamos.

—¿Y las chicas? —preguntó Elle cuando les dio un abrazo y un beso a cada uno.

—¿Te refieres a esos tres demonios? —preguntó John, desesperado.

—Sí — rio Elle.

—Pues a saber, las perdimos de vista nada más llegar —rio Brian, ese siempre reía, aunque estuviera desquiciado.

—Voy a dar un paseo a ver si... —empezó Elle.

—No — me negué rápidamente y ella me miró con la sorpresa en su rostro —. Ni de coña, para que te unas a la lista de desaparecidas y yo me desquicie también.

—Sé cuidar de mí misma —dijo chulescamente y yo no lo dudaba, claro, pero que yo quería disfrutar, no convertirme en otro como esos tres que estaban más tiempo temiendo la que podían liar sus esposas que disfrutando.

—Como se cuidan estas —rio Brian. No, si al final parecía ser que ellos disfrutaban así, mientras ellas los volvían loco.

—Espera un rato, tomemos algo, bailemos, ahora aparecerán —la acerqué a mí y le di un beso en los labios, un beso que me hizo querer mucho más.

—Estamos en la playa, las habitaciones quedan algo lejos —bromeó Enzo.

—Como si hiciera falta una cama para eso —bromeó Elle en respuesta, ganándose la risa de los demás.

Me acerqué a la barra a pedir dos copas, una para Elle y otra para mí y me quedé completamente en blanco, parado a mitad de camino, con las bebidas en las manos y mirando... ¿Qué mierda hacía Rihanna allí?

Podía estar invitada, en ese lugar todos estábamos invitados a todo, pero joder, ¿tenía que haber ido?

—Rihanna —saludé de mala gana cuando llegué a ellos, le di la copa a Elle y me puse a su lado, lejos de la otra.

—Vaya, Kevin, ¿qué manera es esa de saludarme? —fue a acercarse a mí, en plan sensual, ¿para besarme de nuevo? No se lo permitiría.

Puse la mano, evitando que lo hiciera. Apretó un poco la mandíbula antes de pararse y rápidamente volvió a sonreír.

—Siempre puedo conseguir a alguien más...

—Me parece bien, eres libre para hacerlo —le respondí.

Notaba las miradas de los chicos en mí y a Elle nerviosa, a mi lado. Sabía que tenía ganas de soltarle una fresca, pero era demasiado prudente como para rebajarse al nivel de Rihanna.

En un gesto de cariño, cogí la mano de Elle y entrelacé nuestros dedos. Rihanna miró nuestras manos de reojo y volvió a mirarme a mí con una sonrisa maliciosa en la cara.

—No me refería a buscar compañía para mí, Kevin, sino a buscar a otra chica más, para que nos haga compañía a ti y a mí... Ya sabes, como te va esos de los tríos... — señaló a un lado con la cabeza y vi a las dos gemelas italianas entrar en la fiesta.

Noté cómo Elle se ponía tensa, no tenía que oír algo así y menos de boca de Rihanna.

Apreté la mano de Elle y fui a abrir la boca cuando alguien se colocó a mi otro lado Miré y vi cómo Alba se ponía ahí, agarrándome por la cintura. Liliana y Emma se colocaron muy cerca también, una agarrada a Elle, la otra a Alba. En una milésima de segundo que ocurrió todo, no pude ni reaccionar.

—¿Y de verdad crees que él necesita que tú le busques más compañía para una orgía si es lo que desea?

La pregunta le hizo Alba, con voz seductora y con su mano acariciando mi pecho. Yo en ese momento no sabía si abrir la boca y que me llegara al suelo, si reírme a carcajadas o si cerrar los ojos porque me imaginaba el puño de John en mi cara.

Miré de reojo a los chicos y los vi tan tranquilos, perezosos sobre la barra del bar y a John mirando a Rihanna con cara burlona y las cejas elevadas, desafiándola a contestar a su mujer.

—Pero... —Rihanna estaba con la boca abierta, sin poderse creer la treta de las chicas.

La mano de Alba bajó hasta mi bajo vientre y me tensioné más pensando esa vez en el puñetazo de Enzo que en que me tocara ella algo que no debía.

—Pero nada —dijo Alba—. Creo que nunca te hemos invitado, ¿verdad?

Rihanna miró a mis amigos, todos parecían serenos, Brian además se reía y John tenía una expresión desafiante. Enzo bastante serio, mirándola con tranquilidad.

Rihanna no dijo nada, pilló la indirecta o tal vez se creyó que entre nosotros hacíamos tríos, orgías, intercambios de pareja o sabría Dios qué, pero la cuestión es que volvió a apretar los dientes y habló.

—Lo habríamos pasado bien, Kevin. Es una lástima que prefieras a... — señaló a Elle, ignorando a las demás, con la mano— Esto.

Con ese comentario dejó claro que sabía que todo era una jugarreta de las demás, pero que habían ganado la batalla con su juego. Y también significaba que Elle contaba con el apoyo tanto de ellas como de sus maridos, así que sabía que ella ya no contaba con el beneplácito de nadie y, siendo una mujer inteligente como era, aunque en las últimas ocasiones no lo hubiera demostrado, sabía que era momento de marcharse y no hacer más el ridículo.

Claro que no podía faltar la puya final para intentar herir a quien para ella era una rival. Aunque no hubiera nada por lo que competir porque yo ya había

elegido.

—Rihanna...

La voz de Elle sonó cuando Rihanna se giró para marcharse. Esta la miró con las cejas enarcadas, como lo hice yo, esperando a ver qué iba a decirle. Porque conociendo a Elle, sería un jaque mate.

—¿Sí...? —preguntó la otra con desconfianza.

—No se pierde nada. Dejar lo vulgar a un lado siempre es un triunfo.

Las chicas no pudieron aguantar las carcajadas y ellos tampoco.

—Jaque mate —rio Brian, leyéndome la mente.

—Estáis fatal —les dije a todas cuando se separaron de mí.

—Pero nos hemos reído un rato —rio Emma.

—Así es, pero ¿era necesario que lo acariciaras tanto? —preguntó John, cogiendo a su mujer de la mano y pegándola a su cuerpo en plan posesivo.

—Oh, por Dios, John... —suspiró esta— Era por una buena causa.

—Camarero... —llamó Elle— Lo mismo para todos —se acercó a mi oído, riendo— Porque creo que lo vamos a necesitar —sabía, cómo yo, que comenzaban las puyas entre unos y otros.

Comenzaba la diversión y la fiesta y, dejando atrás el encontronazo con Rihanna, era hora de disfrutar de verdad.

Me moría por Elle, esa noche me di cuenta de que era todo lo que quería, cuando llegamos a casa lo hicimos sin tanta parafernalia, como lo pude hacer con Rihanna, no porque no lo deseara con ella, pero era otro sentimiento y los juegos estarían para otro momento, ahora necesitaba sentirme dentro de ella, abrazarla y sentir que no la había perdido.

Capítulo 13

Despertamos volviendo a hacer el amor, eso hice por la noche y lo volvía a hacer por la mañana, pues no era sexo por diversión, había puro sentimiento en nuestras miradas, caricias y forma de expresarnos.

—No quiero que te vayas —dije mientras desayunábamos en mi casa en la playa.

—Mañana —sonrió.

—No, me voy contigo y traemos todo de Camboya, no quiero que te vayas, te contrato este tiempo que falta para septiembre y te pago lo que ibas a cobrar este tiempo.

—No es por eso, tengo bastante ahorrado, no soy derrochona y me han pagado muy bien, sé que puedo pedir estos dos meses, no me lo prohibirían, ya tengo claro que en septiembre cambio para Londres, pero no sé, no es mi condición.

—Vamos mañana para allá y hablas con ello —le agarré la mano, no quería perderle.

—Pero...

—Quiero estar contigo...

—Yo también, pero sé que pasaré los dos meses mejores de mi vida y luego lo pasaré mal —dijo con tristeza.

—Confía en mí...

—Me gustas mucho —dijo con la taza en mano y cara de tristeza.

—A mí también me gustas mucho, me di cuenta en el momento que te alejaste llorando cuando pasó lo de la innombrable.

—Me da terror a quedarme...

—Será lo mejor que hagas, créeme...

—Hablaré ahora con la empresa —dijo poniendo cara de resignación y miedo.

—Gracias —respondí comiéndola a besos y abrazándola con todas mis fuerzas.

Un mensaje llegó a mi teléfono, era Enzo diciendo que iban al nuevo restaurante donde el día anterior desayunamos, que fuéramos para allá, eso

hicimos, a hacerlo doblemente.

Fuimos hasta ellos y le contamos que se quedaban, que iríamos el fin de semana a Camboya para recoger las cosas y volver.

—Yo quiero ir —dijo Alba.

—Yo también —respondieron Emma y Lili.

—Oh no, otro avión —dijo con resignación John y los otros.

—Veniros, me encantaría, podemos coger un apartamento cerca de mi casa y os enseño un poco del corazón de Camboya.

—Eso, vamos en plan pandilla —dije bromeando.

—Como queráis, pero los niños se quedan aquí con la Nani, nada de montarlos unas pocas de hora de vuelo para tres o cuatro días —dijo Brian.

—Sí, no pensaba llevarlos —dijo sonriendo Lili.

Enzo sacó el móvil y pregunto sobre el vuelo que ella tenía reservado y listo, había plazas para todos, así que al día siguiente saldríamos para ese país.

El día fue de lo más divertido, ameno y pasó rapidísimo, quedamos todos en llevar las maletas grandes, pero con lo mínimo de ropa para poder ayudar a Elle a traer todo.

Por la noche tras cenar en mi casa con todos, nos despedimos y quedamos en vernos en el embarcadero para que nos llevaran a Malé, donde estaba el aeropuerto.

Dormimos abrazados como niños, ilusionados y algo en mi corazón me decía que nunca me quería separar de ella.

Capítulo 14

Despertamos temprano y desayunamos, en un rato teníamos que estar en el embarcadero.

Cuando llegamos ahí estaban los chicos, en plan turistas total, esperándonos.

El viaje fue todo muy bien, rápido y sin contratiempos, a las cuatro de la tarde estábamos aterrizando en Nom Pen, capital de Camboya.

Alba y Lili estaban desatadas, Emma y Elle, estaban más tranquilas, en el fondo eran así, con su gracia, pero más relajada que el dúo terremoto.

—Por Dios ¿Quién escogió este hostel? —dijo Lili mirando hacia la entrada cuando el furgón paró.

—Es un cinco estrellas —dijo Elle, cortada y no entendiendo ese comentario.

—No, perdona, pero nosotras merecemos el mejor cinco estrellas del mundo —dijo Alba.

—Pues vais a dar gracias a dios que vais a tener donde dormir así que tirar para dentro —respondió Enzo.

—Están bromeando —dije al oído de Elle, para que se le pasara el susto.

Sonrió y negó con la cabeza.

Nos quedamos en el hotel y Elle fue a hablar a la empresa, volvió dos horas después sonriendo, ya le habían dado vía libre y encima se lo iban a pagar, la valoraban mucho y la esperaban en Londres en septiembre en las oficinas de allí.

La tarde la pasamos el grupo andando por esa caótica y exótica ciudad, yo ya la conocía, pero siempre descubrías cosas nuevas.

Fuimos por la noche después de cenar a descansar, por la mañana las chicas acompañarían en un taxi a Elle a su apartamento a ayudarla a traer todo al hotel.

Estaba feliz, la abrazaba mientras dormía, era la mujer más linda del universo.

En el desayuno nos encontramos en la terraza del hotel, un rato después ellas se fueron y nos quedamos los chicos en la piscina tomando cervezas.

—Te has enamorado —dijo Enzo sentado a mi lado en la hamaca mientras veíamos a Brian y John haciéndose los graciosos en la barra de la piscina.

—Siempre lo estuve, me he dado cuenta ahora, pero esta última vez con lo que pasó, a mí el corazón me dio el primer aviso.

—Se ve una chica que merece la pena.

—Lo sé, creo que va a cambiar mi mundo.

—Ojalá, espero que así sea.

—Tengo ganas de hacer una locura por amor...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No será lo que estoy pensando?

—No sé, pero pronto lo verás...

—Estoy deseando —dijo chocando su cerveza con la mía.

—Madre mía —dije mirando a la piscina —como vengan las chicas pronto matan a esos dos.

—Los mato yo antes —dije mordiéndose el labio y negando con la cabeza —no tienen remedio.

—Esas chicas están tonteando, se nota claramente y esos dos están sonriendo tan felices.

Miraba a la barra donde estaban sentados en la piscina, con sus cervezas y las chicas a su lado charlando, rezaba por que no aparecieran Lili y Alba.

—John —gritó Enzo con el teléfono en la oreja —tu mujer que ya está llegando —dijo ante mi asombro bromeando.

John y Brian se rieron, sabía que estaba bromeando y las chicas se quedaron con cara de importarle una mierda que estuvieran casados o no.

—John —volvió a gritar Enzo —recuerda lo de Ceci y Angela —soltamos una carcajada recordando las dos travestis del bar de la isla de los sueños.

Rieron los chicos desde el agua y ellas con cara de no entender nada.

Un rato después vino John y Brian a la hamaca, no se podían arriesgar a que las chicas llegaran y la liaran.

—Esas dos estaban para una noche de lujuria —dijo John riendo.

—Te recuerdo que tienes mujer y mínimo le debes un respeto —dijo Enzo.

—Yo se lo tengo, pero la imaginación es libre de volar por esos cuerpos.

—Eso mismo pienso yo —dijo Kevin.

Miramos para el frente y ahí estaban nuestras chicas, maletas en mano y saludando mientras pasaban de largo para dejar las cosas de mi Elle, en la habitación.

—Ahora toca ponerse serio —dijo John aguantando la risa y saludando

con la mano felizmente a las niñas.

—Capullo eres... —respondió Enzo.

—Chicos, os envidio, tenéis unos matrimonios inmejorables y una pandilla que formáis un grupo de los que pocos quedan.

—Eh Kevin, que para nosotros ya formas parte de la pequeña familia, aunque ya esto está creciendo de forma abismal.

—Para mí ya sois también importantes, nos veremos todos los veranos aquí si dios quiere.

—¿No piensas venir con Elle a vernos a New York?

—Si ella quiere claro —sonreí imaginando mi vida de cierto modo ligada a la de ellos.

Pasamos los dos días siguientes por la ciudad, comiendo, cenando, de compras, y lo mejor de todo, Elle y yo, parecíamos una pareja, una más de este grupo que había entrado en mi vida tan fuerte como lo había hecho Elle en estos momentos.

Capítulo 15

El regreso a la isla fue todos durmiendo en el avión, la noche anterior bebimos más de la cuenta.

Al llegar a la isla le dije a los chicos que al día siguiente los invitaba a comer a mi casa.

Elle y yo estábamos como una pareja, sin formalidad ni promesas, pero como una pareja...

Al día siguiente cuando llegaron a media mañana los pasé directos a la playa, donde la barra, la gran mesa, los balancines y el mar, ahí íbamos a pasar un perfecto día, les había puesto a los niños una toalla gigante debajo de una carpa de madera que tenía al lado de la mesa, para que jugaran mientras nosotros disfrutábamos.

Todo precioso, para lo que quería hacer.

Un buen vino, unos entremeses, las chicas en el balancín, los chicos de pie alrededor de la mesa y llegó el momento...

—Tengo que decir algo —un silencio se hizo de repente.

—Hostia, me lo veo venir —dijo John y todos lo miraron extrañado.

—Dejarlo hablar al chiquillo —dijo Alba.

—Bueno quería decirles a todos que gracias por demostrarme que no es el tiempo, que en días se puede coger mucho cariño a las personas y ustedes forman ya parte de mi vida, desde ahora para siempre.

—Te queremos —dijo Enzo y todos aplaudieron.

—Y a ella más —dijo Alba —Mientras la besaba y abrazaba.

—Te amo, Elle —dije irrumpiendo a todos —Lo sé, desde el momento que me dio un dolor en el pecho al verte irte tras lo sucedido, en el momento que sentí un vacío en mi corazón y notaba que se llevaban mi alma, que no era yo, que se había ido una parte de mí. Quiero que —saqué una cajita con el anillo que había comprado en una joyería en Camboya, en un escarceo que me di poniendo una excusa —seas la mujer de mi vida, como ellos, con esa alegría y amor que se transmite, que hagamos una locura, aquí ya y en breve, en estos días quiero que te cases conmigo —dije poniendo delante de ella el precioso anillo.

—¡Muero! —gritó Alba

Los chicos aplaudían emocionado.

—¡Hay boda! —gritó Lili.

Elle se levantó y me abrazó.

—Si quiero, ahora, mañana, pasado o la semana que viene, aquí ahora y para siempre —dijo llorando emocionada.

Se lio parda a partir de ese momento, las chicas comenzaron a mirar vestidos por internet desde el balancín con los móviles, los chicos y yo hablamos de la preparación y me aparté para llamar a mis padres, los necesitaba allí cuanto antes....

Epílogo

Todo controlado.

Eso era lo único que yo quería escuchar ese día. Si no quería morirme de un infarto. Pero había dejado a mi madre a cargo de algunas cosas de las que no me fiaba y de algo tenía que servir que fuera una controladora de primera.

Y, además de eso, tener que organizar la boda de su hijo de una vez por todas solo ocurría una vez en la vida, sabía que con ella todo estaría en orden.

Era el momento de salir a cumplir con mi destino.

Y ahí estaba, un rato después, delante del sacerdote, con mi preciosa novia al lado, escuchando el discurso del hombre que pronto nos convertiría en marido y mujer para siempre.

Me había quedado de piedra al verla. No por el vestido, a ella todo le quedaba bien, su cuerpo era perfección para mí. Si no por lo que vi en su mirada, un amor tan grande que me hizo sentir pequeño.

Las familias, los amigos, todos congregados para ver cómo, por fin, me ponían los grilletes del matrimonio. Y yo estaba deseando que eso ocurriera, quería que se convirtiera ya en mi esposa. Quería que fuera mía para siempre.

A mi lado esos tres hombres que ya se habían convertido en más que amigos. Al lado de Elle, sus esposas, sonrientes por añadir a otra loca en su lista, como bien había dicho John la noche anterior, provocando las risas de todos los demás.

Y entre ellos, Elle y yo, agarrados de la mano, sin soltarnos en ningún momento, bendiciendo nuestro amor oficialmente.

Y todo por culpa de mi madre, así de simple. Yo no quería tanta parafernalia, pero me tocó. Si no cualquiera la aguantaba... Y Elle quiso darle el gusto, aunque si hubiera sido por ella, nos habríamos casado en el más absoluto secreto.

Pero la verdad era que estábamos ahí y yo me sentía feliz. Nunca pensé que daría ese paso porque nunca pensé encontrar a nadie que mereciera que lo hiciera. Y ahí estaba, dispuesto a tirarme de cabeza, sin protección, donde fuera... Por ella.

Porque era ella la mujer que había logrado hacerme sentir qué era amar.

Llegó el momento de ponerle el anillo y pronunciar los votos. Me los había preparado con la ayuda de mis tres amigos. Una noche entera de borrachera, eso nos había costado, pero habíamos conseguido, según decía Brian, que no sonara ni muy meloso, ni muy frío, ni demasiado enamorado, ni... Eran unos votos, porque según ellos, lo que yo había escrito no lo eran.

A la mierda, dije al final, serían los primeros que escribí, por lo que casi me matan a las seis de la mañana, pero a mí me importó poco.

Los primeros votos eran yo y eso importaba.

Carraspeé y la miré, un poco nervioso, para qué negarlo.

—Te quiero, Elle —y le puse el anillo.

Todos estaban en silencio y escuché cómo detrás de mí, de alguno de esos tres, se escapaba una risa, siguiéndole la de los otros dos.

Bueno, más yo que eso no podían ser los votos, no necesitaba decirle más nada, ya ella lo sabía todo, ¿no?

Ella se mordió el labio, evitando reír y yo me encogí de hombros. Miré a los invitados y todos estaban pendientes a mí, a que dijera algo más, pero no lo haría. Eso para mí era mucho, jamás había pronunciado esas palabras a nadie más y Elle lo sabía.

Ella estuvo como diez minutos recitando los suyos y yo terminé con alguna que otra lágrima que no se vio porque la besé cuando acabó, escuchando por detrás al sacerdote decir: “Pues ea, ya besó a la novia...”

Los aplausos, las felicitaciones, las risas... A mí me daba igual, yo solo quería besar a mi mujer.

Y tomarme un buen trago, que ya era hora.

—Te quiero, Elle —Brian se acercó a mí, ya estábamos celebrando el enlace allí mismo, en la playa, donde nos habíamos casado, en esas islas que nos habían unido de nuevo al principio de este verano, tenía que ser allí donde nos uniéramos de por vida.

—Pero le gustó —dije con suficiencia.

—Hombre... — John empezó a reírse a carcajadas.

—Ni yo, tío —rio Enzo—. Ni yo fui tan simple —otro riendo sin parar.

—Dejad al pobre muchacho, lo ha hecho muy bien —se quejó Liliana y me dio un abrazo.

—La verdad es que sí, hasta lloró —rio Emma.

—Es que fue emocionante —me excusé.

Los miré a todos y me quedé unos segundos pensativo.

—¿Dónde está mi mujer?

Porque si estaba con ellas la última vez que la había visto y ellas estaban aquí...

—Con la mía —suspiró John.

Y no sabía por qué, pero ese tono de voz no me gustó mucho.

—¿Y dónde está la tuya? —pregunté.

—Pues en ningún lugar normal, seguro. No sé, creo que es cosa de los españoles, algo raro les pasa en las celebraciones.

—¿De qué habla? —le pregunté mirando a los demás, quienes empezaron a reírse de nuevo.

—¿Hay alguna fuente por aquí? —preguntó John.

—No —dije extrañado—. Bastante tenemos con el agua del mar.

—Pues ya sabemos dónde están —dijo como si nada—. Seguidme...

Lo hicimos, aunque yo imaginaba que ya ellos sabían dónde estaban. Lo que no me esperaba era encontrarme a mi mujer metida en el agua, con el vestido de novia, con Alba a su lado saltando y gritando y ¿con mi madre?

—¿Pero qué...? —no sabía ni qué decir.

—Le ha dado oficialmente la bienvenida a otra loca —John se encogió de hombros y vi cómo las otras dos corrían y se metían en el agua.

—¡Kevin! ¡Entra! —gritó mi mujer.

—Ni de coña... —dije.

—Mejor que lo hagas, acabarás antes —rio Brian.

¿Con el traje? La miré riendo y disfrutando y sonreí. Me encantaba verla así. A la mierda, pensé, ahí que iba.

Llegué a ella, con mi esmoquin empapado en agua, la cogí por la cintura y la pegué a mí, besándola apasionadamente.

—Repítame otra vez esos votos que tanto me gustaron —dijo ella riendo.

La miré, estaba feliz y esa era la expresión que siempre quería ver en ella.

—Te quiero, Elle.

Sonrió y una lágrima se escapó de uno de sus párpados.

—Yo a ti también, Kevin.

La besé y escuché las ovaciones de todos los demás, dentro del agua, dejándonos poca intimidad. Los miré y los maté con la mirada.

—¿No pensáis dejarnos solos? —me quejé.

—No —dijeron a la vez, mi madre incluida.

Puse los ojos en blanco, pero también me reí. La boda, aún vestidos y

dentro del agua, era perfecta. Como perfecto sería hacerle el amor esa noche a mi esposa. Hacer mío su cuerpo como nunca lo había hecho. Estaba deseando de que llegara ese momento, pero ahora iba a disfrutar de la fiesta. De ella allí, empapada, entre mis brazos.

De los demás.

De las risas.

Del alcohol.

Y de la felicidad que había logrado encontrar donde y quien menos me esperaba.

Mi felicidad era Elle en la Isla de los sueños.